

REVISTA MODERNA

(ENCICLOPEDIA COLOMBIANA)

DIRECTORES:

Emilio Cuervo Márquez - Alfredo Ramos Urdaneta.

TOMO II = BOGOTÁ, OCTUBRE DE 1915 = Nº. 10

LA COLONIZACION

DE LOS CONTINENTES AMERICANOS Y LA DOCTRINA
DE MONROE

I

LOS países que tienen sin habitantes grandes porciones de su suelo, sea cual fuere el origen de su propiedad, no pueden sustraerlas indefinidamente de la ocupación, de la apropiación y del cultivo individuales, salvo aquella parte del territorio que la nación se reserva para fines de interés común, por ejemplo, los lagos interiores, cuyo desagüe no puede ni debe permitirse, so pena de esterilizar la comarca adyacente.

La razón económica que hay en una comunidad política para reconocer y garantizar la propiedad de quien ha incorporado en la tierra su capital y su trabajo, existe para aceptarla como propiedad exclusiva de cada una de las naciones que forman la comunidad universal; pero es de entenderse que ello no implica que sea permitida la usurpación.

Si el reconocimiento se hace, si la garantía se ofrece, si la aceptación no se objeta, es bajo condición de que tanto el dominio privado como el territorio nacional llenen en la creación de la riqueza y en la distribución de

sus productos el fin económico de la coparticipación humana en un bien natural bajo la ley providencial del cambio.

Siendo la tierra limitada en su extensión y de fecundidad desigual, no se pide—y aunque se pidiera no podría obtenerse—la igualdad en sus porciones, ni mucho menos la repartición material de ella entre cada uno de los habitantes de un mismo país.

Tampoco es posible que a cada pueblo se dé como una ración una parte de la tierra igual en extensión y en fecundidad para fundar sobre ella un equilibrio de poder y de fuerza, y mantener así entre todos ellos estable el fiel de la balanza en que se pesa la riqueza ya formada o la riqueza por crear. Lo único a que se puede aspirar es a que cada propietario colectivo ponga su lote de tierra, salvo las reservas necesarias, en el mercado general, bajo el amparo, eso sí, del mutuo respeto y de la común garantía, al servicio de todos los hombres. Sin esto desaparecería virtualmente la noción fundamental de la soberanía.

II

Dos publicistas suramericanos, el argentino Calvo y el chileno Alvarez, tratan del asunto sobre que versa este artículo. Uno y otro parten de la doctrina de Monroe, la cual, como es sabido, dijo:

Los continentes americanos, por la libre e independiente condición que han adquirido y que mantienen, no se considerarán en adelante sujetos a colonización por ninguna potencia europea.

Calvo sacó de esta parte de la doctrina de Monroe las siguientes conclusiones:

1.ª El sistema colonial europeo es inaplicable a la nueva situación de América, porque todas las partes del continente

americano están habitadas por naciones civilizadas, quienes tienen sobre su independencia y soberanía el mismo título que las naciones europeas;

2.^a Las cuestiones de límites entre los antiguos establecimientos europeos y los nuevos estados americanos no pueden ser resueltas sino conforme a los principios generales del Derecho Internacional, y

3.^a El hecho de primera ocupación o de primera exploración no crea hoy derecho soberano sobre los territorios americanos, cuya posesión de derecho no podrá resultar en lo porvenir sino de un tratado o de una guerra. Desde este punto de vista, se puede decir que el Derecho público de América es el mismo de Europa y que reposa exactamente sobre las mismas bases.

Alvarez, por su parte, dice:

Esta declaración no es nueva. España la hizo desde la época colonial respecto de las colonias. El origen de sus pretensiones está en la bula de Alejandro VI, quien dividió por una línea geográfica las posesiones de España y Portugal. España quedó, pues, soberana en derecho de todas las tierras situadas al occidente de esta línea. Aunque la bula no ha sido respetada por las otras potencias, no es menos cierto que España enunció su pretensión en muchas ocasiones.

En el mensaje de Monroe no se precisó el verdadero alcance de la ficción ¿Toda la masa del Nuevo Continente debe suponerse colocada bajo la soberanía de los Estados que lo constituyen, de manera que no hay lugar para la adquisición extranjera por ocupación? ¿Es su alcance que todo éste ejerce una soberanía efectiva sobre el territorio comprendido en sus límites geográficos, aunque ese territorio encierre regiones no exploradas? En este último caso, ¿debe admitirse que la ficción no tiene valor sino respecto de los Estados de Europa, y que, al contrario, los Estados de América pueden adquirir por ocupación regiones que tienen el carácter de *res nullius* y que están dentro de los límites geográficos de otro Estado, en particular cuando se trata de un Estado vecino?

Estos puntos no están resueltos en el mensaje. Los Estados americanos no han hecho declaración explícita en el particular. Sin embargo, se inclinan a dar a la ficción un alcance absoluto. En los litigios de fronteras, es verdad, han hecho valer el derecho de primer ocupante. En sus sentencias, los árbitros han mirado esta primera ocupación sea como un título, sea como una prueba de que los dos Estados en litigio consideran que aquel que la había verificado era el soberano del territorio.

La declaración de la Doctrina de Monroe está en contradicción con los principios del Derecho Internacional, según los cuales el territorio que no está bajo la soberanía efectiva de ningún Estado debe ser considerado como *res nullius* y susceptible, en consecuencia, de ser adquirido por ocupación.

La declaración establece la diferencia fundamental que existe, desde el punto de vista del Derecho Internacional, entre América de una parte y Asia y África de otra. Es, pues, un error grave sostener que en América los territorios que tienen el carácter de *res nullius* pueden ser, a pesar de la Doctrina Monroe, adquiridos por ocupación por los Estados europeos.

Los dos publicistas cuyas doctrinas hemos expuesto están de acuerdo en un punto esencial, a saber: los continentes americanos no pueden ser adquiridos por ocupación por las naciones de Europa; pero Alvarez cree que los territorios *res nullius* sí son susceptibles de ser adquiridos por ocupación por los Estados americanos mismos.

Sostiene también que la declaración de Monroe es una pretensión igual a la que España hizo valer respecto de sus colonias americanas.

III

Uno de los más graves problemas internacionales que planteó el descubrimiento de América fue el de los límites de las posesiones españolas.

Cuenta don Fernando Colón que, por consejo del Almirante, los Reyes pidieron al Sumo Pontífice que apro-

bara la conquista de las Indias. Alejandro VI, en 4 de mayo de 1493, expidió su famosa bula que trazó al oeste de las Azores y de Cabo Verde la línea que, prolongada hasta los polos, sería la frontera ideal entre los descubrimientos y conquistas de españoles y portugueses.

¿Tenía derecho el Papa para otorgar la soberanía sobre los territorios descubiertos? En las capitulaciones de Santa Fe, los Reyes confirieron a Colón los cargos de Almirante, Virrey y Gobernador General de las islas y tierras firmes que descubriese. En esas capitulaciones no se dijo que lo hecho por los Reyes quedaba sometido a la aprobación suprema del Santo Padre. Fue en nombre de los Monarcas españoles como Colón tomó posesión de Guanahaní. Esto sucedió antes de la expedición de la bula de Alejandro VI.

Hay una escuela histórica que sostiene que la bula del Papa no es sino una autorización para propagar y proteger el cristianismo. En esta escuela están afiliados Fray Bartolomé de las Casas y el célebre teólogo dominico Francisco de Vitoria. Dice Fabié que Las Casas, fundándose en la doctrina de canonistas y teólogos, afirma que el Romano Pontífice tiene tanta autoridad sobre todos los hombres, cuanta es necesaria para la propagación y conservación de la fe; y el Obispo de Chiapa afirma: «Con este soberano, imperial y universal principado de los Reyes de Castilla en las Indias, se compadece tener los reyes y señores naturales dellas su administración, principado, jurisdicción, derechos y dominio sobre sus súbditos pueblos, o que política y realmente se rijan, como se compadece el señorío universal y supremo de los Emperadores que sobre los Reyes antiguamente tenían». Grocio considera la bula como una transacción entre las dos coronas, no como título de dominio. «Los indios, dice Vitoria citado por nuestro insigne amigo Joaquín Fernández Prida, catedrático de la Universidad de Madrid, no eran sier-

vos por naturaleza, antes bien, ejercitaban los derechos de soberanía y propiedad cuando llegaron a sus tierras los españoles. Se gobernaban sin extraño influjo, se daban leyes y no reconocían ajeno señorío. Los colonos ingleses de Rhode Island y Pensilvania se establecieron en virtud de compras y tratados».

IV

Para mejor inteligencia del principio americano, precisa rastrear su origen.

Sostenía Rusia que era dueña de la costa del Pacífico en Norte América, desde el estrecho de Bering hasta la desembocadura del río Columbia. En 1816 el Gobierno de Rusia otorgó carta a una compañía para que pudiera establecerse cerca de San Francisco. En 1821 el Emperador Alejandro publicó el *ukase* en que anunció que su reclamación territorial se extendía hasta el grado 51 de latitud, y en que prohibía la aproximación de los buques a cien millas de la costa. En vista de esto, el Secretario de Estado, Mr. Adams, ordenó a Mr. Middleton, Ministro americano en San Petersburgo, que dijera al Gobierno ruso que la paz futura del mundo no se promovería con los establecimientos rusos en el continente americano, y que las nuevas Repúblicas americanas estaban impacientes con un vecino ruso, lo mismo que los Estados Unidos; y a Mr. Rush, Ministro americano en Londres, le dijo que, como consecuencia necesaria de la independencia de las colonias hispano-americanas, los continentes americanos no estaban sujetos a colonización. Ocupados por naciones civilizadas independientes, serán accesibles a los europeos y a cada una de ellas sobre esta base solamente; y que el Océano Pacífico quedaría abierto a la navegación de la misma manera que el Atlántico.

En un tratado de 1824 este asunto quedó arreglado entre el Gobierno de Rusia y el de los Estados Unidos.

El Presidente Monroe insertó en su Mensaje, como se vio antes, la declaración que respecto de colonización había hecho su Secretario de Estado.

Comentando esa declaración dice John B. Henderson en su libro *American Diplomatic Questions*:

Canning sostenía que Inglaterra no reconocía el derecho de ninguna Potencia a proclamar tal principio, y mucho menos a obligar a otros países a observarlo. «Si fuésemos echados—decía—de las costas de América, poco importaría que la repulsión viniera del *ukase* de Rusia que nos excluye del mar, o de la nueva doctrina del Presidente que nos excluye de la tierra. No podemos atender ni al *ukase* ni a la doctrina».

Conocido el origen, veamos la suerte que corrió la declaración.

Esta fue acogida por algunas naciones americanas como principio de su política exterior. Colombia, en primer término, la hizo suya en las negociaciones que precedieron al Congreso de Panamá en 1826. Don Pedro Gual, en la nota que dirigió el 7 de octubre de 1824 al señor Salazar, Ministro de Colombia en los Estados Unidos, le dijo:

Los Estados Unidos son tan interesados como nosotros en el mantenimiento y sostén de ciertos principios conservadores de que pende esencialmente la grandeza y destino futuro de este Continente en general. Así parece probarlo evidentemente el último mensaje del Presidente Monroe, en que se hallan establecidas ya dos máximas capitales que autorizan inducciones de otra naturaleza. Esas máximas son: primera, *procurar poner término a toda especie de colonización europea en el continente americano*, y segunda, denunciar la aplicación de los principios constitutivos de la Santa Alianza, como perjudiciales a la paz y seguridad de los Estados Unidos.

Los representantes de Centro América en el Congreso de Panamá manifestaron la conveniencia de introducir un artículo en el proyecto de tratado que discutían

sobre garantía territorial. Redactaron y aprobaron un artículo en los siguientes términos:

Las partes contratantes se garantizan mutuamente la integridad de sus territorios, luégo que en virtud de las convenciones particulares que celebraren entre sí, se hallasen demarcados y fijados sus límites respectivos, cuya conservación se pondrá entonces bajo la protección de la Confederación.

En el tratado definitivo quedó redactado el artículo 21 así:

Las partes contratantes se obligan y comprometen solemnemente a sostener y defender la integridad de sus territorios respectivos, oponiéndose eficazmente a los establecimientos que se intenten hacer en ellos sin la correspondiente autorización y dependencia de los Gobiernos a quienes corresponde su dominio y propiedad, y a emplear al efecto en común sus fuerzas y recursos si fuere necesario.

Así quedó hecha la declaración explícita cuya falta hace notar el escritor chileno señor Alvarez, y así quedó traducida la doctrina peruana expuesta en el proyecto de federación que los plenipotenciarios del Perú presentaron en el Congreso de Panamá, y que es la misma del Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, señor Gual.

V

Las palabras de Monroe en su declaración de 1823 sobre la colonización en América, en las cuales algunos publicistas han visto una garantía por el Gobierno de Washington contra cualquier intento colonizador de parte de las Naciones europeas en el continente americano, fueron interpretadas como va a verse, tres años después, por dos de las ramas del Gobierno de los Estados Unidos.

En la nota de invitación al Congreso de Panamá que el Ministro de Colombia dirigió el 2 de noviembre de 1825 al Secretario de Estado, en la cual expuso los ob-

jetos que serían materia de las deliberaciones de la Asamblea, corre el siguiente párrafo :

Será otro asunto de grande interés el modo con que ha de resistirse en el continente americano toda colonización de las potencias europeas, y su intervención en la actual contienda de España y sus antiguas colonias; si sería conveniente formar una alianza eventual verificado este acontecimiento, que no está fuera de las posibilidades, quedando secreto el tratado, y no haciéndose uso de su contenido hasta ser llegado el *casus foederis*; o si por parecer prematura una convención tan anticipada deben emplearse diferentes medios con el mismo fin de impedir el influjo extranjero, es materia de utilidad directa a los Estados Unidos americanos, que están en guerra con España, y conforme a su naturaleza, a las repetidas protestas del Gabinete de Washington. Las conferencias acerca de esto, siendo secretas y confidenciales, aumentarán la mutua benevolencia, y sostendrán los intereses respectivos de ambas partes.

La Cámara de Representantes de los Estados Unidos pidió al Gobierno informe sobre el Congreso de Panamá, y el Presidente envió un mensaje a esa Corporación el 5 de mayo de 1826, en el cual dijo:

Con excepción de las actuales colonias europeas, que no se intenta en manera alguna perturbar, los dos continentes consisten en varias naciones soberanas e independientes, cuyos territorios cubren su superficie total. Por su condición independiente los Estados Unidos gozan del derecho de relaciones comerciales en todas ellas. Intentar el establecimiento de una colonia en ellas sería usurpar, con exclusión de otras, el cambio comercial, que es hoy posesión común de todas. Esto no podría hacerse sin atacar el actual derecho de los Estados Unidos. El Gobierno de Rusia no ha disputado esta posición ni manifestado el menor disgusto por ello. La mayor parte de las repúblicas americanas han asentido, y proponen ahora entre los asuntos de consulta en Panamá tomar en consideración los medios de hacer efectiva la aserción de

ese principio y los medios de resistir la intervención exterior en los asuntos domésticos de los Gobiernos americanos.

Aludiendo a estos medios, es obvio que sería prematuro decidir sobre lo que es meramente asunto de consulta o pronunciarse sobre las medidas que han sido o pueden ser sugeridas. El propósito de este Gobierno no es concurrir en nada que implique hostilidad contra Europa o que excite justamente el resentimiento de cualquiera de sus Estados. Si se considerase conveniente contraer cualquier compromiso convencional en este asunto, nuestras miras no se extenderían más allá de *una promesa mutua de las partes para mantener el principio en el territorio de cada una de ellas y no permitir en su propio suelo establecimientos coloniales de jurisdicción europea.*

La Comisión de Relaciones Exteriores del Senado en el informe que presentó dijo sobre el mismo tema lo que se copia en seguida:

El Ministro mejicano presenta como otra de las cuestiones que pueden ser discutidas la oposición a la colonización en América de las potencias europeas.

El Ministro de Colombia concurre en esta enumeración: coloca la manera como puede resistirse a la colonización europea en el continente americano a la cabeza de todos los asuntos de propuesta discusión, y dice que puede llevarse a cabo por los esfuerzos unidos de todos los Estados representados en el Congreso, que se obligarían por solemne convención a asegurar ese fin.

El Presidente participa en parte de esa opinión, pero difiere radicalmente en el modo de lograr dicho fin.

Un acuerdo entre todas las partes representadas en el Congreso para que *cada una se defienda con sus propios medios contra el establecimiento de cualquier colonia europea dentro de sus límites*, piensa el Presidente que es cosa aceptable. Ahora bien: si esto significa que cada nación con sus propios medios proteja su propio territorio contra toda usurpación que intente un Estado europeo o cualquier otro poder, no discierne la Comisión la necesidad u oportunidad de entrar en acuerdo formal con otros Estados para obtener ese fin, como no

existe razón para reducir a estipulaciones de un tratado los altos, justos y universalmente admitidos derechos de todas las naciones.

Por último, en las instrucciones que el Secretario de Estado Mr. Clay trasmitió a los Delegados de los Estados Unidos en el Congreso de Panamá de 1826, fijó inequívocamente la política de su Gobierno de esta suerte:

Para impedir el establecimiento de cualquier colonia europea, y advertir a Europa de antemano de que no serán admitidas, el Presidente desea que ustedes propongan una declaración colectiva de los varios Estados americanos, en que *cada cual se obligue por sí mismo y en que se diga que no permitirán el establecimiento de ninguna colonia europea dentro de los límites de sus territorios respectivos. Esto no obliga a las partes que concurren a la declaración a sostener los límites particulares que cualquiera de ellas reclame de las otras, ni tampoco obliga a todas a una resistencia colectiva contra cualquier futuro intento de plantar una nueva colonia europea.* Se cree que el solo efecto moral de la declaración colectiva, sustentada en la autoridad de todas las naciones americanas, reprimirá efectivamente el esfuerzo de establecer una nueva colonia; pero si así no sucediere, y se hiciera la tentativa, habrá tiempo bastante para considerar lo conveniente de negociar, y si fuere necesario, de adoptar de concierto las medidas necesarias para prevenirla. El respeto que se deben a sí mismas, y el respeto que se debe a Europa, requieren que tengan confianza de que una declaración hecha solemnemente se ganará la deferencia universal. No será necesario dar a la declaración propuesta la forma de un tratado. Puede ser formada por los Ministros del Congreso, y promulgada ante el mundo como una evidencia del juicio de todas las potencias americanas.

Veremos luego cuáles han sido las opiniones de los publicistas y qué actos han ejecutado algunos Gobiernos americanos acerca del principio americano que estudiamos.

DIEGO MENDOZA.

(Continuará).

LA TUMBA DE SAN PEDRO

DE los millares de turistas y peregrinos que constantemente llegan a Roma y que se apresuran a visitar el templo de San Pedro, muy pocos son los que al recorrer las naves majestuosas caen en cuenta de que debajo, en las Sagradas Criptas Vaticanas, existe otra iglesia, oscura, de anchas y aplastadas bóvedas, menos extensa, pero no menos interesante que la grandiosa Basílica superior, de la cual parece informe remedo. Para penetrar en ella es necesario permiso especial y escrito que cada día es más difícil obtener.

Deseando conocer esta célebre iglesia subterránea, solicité el permiso correspondiente y la autorización para que se dijese una misa en el altar que cubre la tumba de San Pedro. Monseñor Bisletti, entonces Mayordomo de Su Santidad, y poco después elevado a la dignidad cardenalicia, se apresuró, con la galantería que le es característica, a enviarme la siguiente orden:

«*Antecámara Pontificia.*—Se permite a Su Señoría el General Cuervo Márquez, visitar con su familia la Cripta Vaticana.—15 de marzo de 1908.—BISLETTI».

Debía decir la misa don Pío Filomeno de la Corta, virtuoso sacerdote español, de quien los colombianos que han visitado a Roma en los últimos veinticinco años conservan los más gratos recuerdos.

El 19 de marzo, a las siete de la mañana, día y hora convenidos de antemano, nos dirigimos a San Pedro en unión de dos de las princesas de Borbón, quienes habían manifestado vivos deseos de visitar las Criptas con mi familia.

En la base de uno de los pilares que sostienen la gigantesca cúpula de la Basílica, se abre, al pie de la es-

tatua colosal de la Verónica, la puerta que da entrada a la iglesia subterránea. Allí nos esperaba, para abrirla y servirnos de guía, uno de los empleados del Vaticano.

De uno en uno descendimos la estrecha escalera en espiral que conduce a la Cripta, cuyo piso situado tres metros y medio debajo del de la iglesia superior, señala el nivel de la primitiva Basílica de Constantino.

Al cerrarse tras de nosotros la puerta de entrada, parecía como si se hubiera cortado toda comunicación con el mundo exterior: ningún ruido venía a perturbar el sepulcral silencio que allí reinaba. Las lámparas eléctricas colgadas de trecho en trecho a lo largo de naves y de galerías, se veían brillar como puntos rojizos entre las tinieblas que por todas partes nos rodeaban. Poco a poco la pupila se adaptaba a la obscuridad y el radio luminoso se ensanchaba lentamente, hasta llegar a percibir los objetos vecinos.

Ancha galería, en forma de herradura, larga de 58 metros, cuyos muros se hallan revestidos de interesantes esculturas y bajo relieves, tomados de antiguas tumbas de papas, circuye la capilla o confesión, cuyo altar, colocado perpendicularmente debajo de la luz central de la cúpula y del altar papal de la iglesia superior, cubre directamente la cavidad en cuyo fondo se encuentra la caja que contiene los restos del Príncipe de los Apóstoles.

La capilla se halla decorada con ricos dorados y con estucos y frescos espléndidos.

En el costado izquierdo del hemiciclo se ven dos oratorios, ambos dedicados a la Virgen. En uno se venera la imagen, pintada al óleo, de Santa María del Pórtico, que tiene la singularidad de presentar en la mejilla derecha sangrienta herida. Esta imagen estaba antes colocada en el Pórtico de la vieja Basílica de Constantino; y refiere antigua crónica romana que en uno de los grandes tumultos populares que tan frecuentes eran en la ciu-

dad durante la época medioeval, un descreído lanzó con tal violencia una piedra contra la sagrada efigie, que de la herida que le causó brotó la sangre hasta caer sobre las baldosas del atrio. Lo cierto es que la pintura es obra de mano maestra: a lo vivo se ve la mejilla amoratada y contusa, los tejidos destrozados, la herida profunda y sanguinolenta.

En la extremidad de los ejes diagonales de la herradura, se abren cuatro capillas más, adornadas, como la cripta, con antiguas esculturas, bajo relieves y mosaicos del más alto interés para el estudio del desarrollo del arte cristiano en los primeros siglos de la edad media.

Bajo la gran nave central de San Pedro, se extiende la cripta vieja, de más de 45 metros de largo por 18 de ancho, dividida en tres naves por dos series de gruesas pilastras. En ellas se encuentran numerosos sepulcros de príncipes y de papas. Llamen principalmente la atención el de Adriano IV, (Nicolás Breakspear) único Papa inglés, muerto en 1159; el del Emperador Otón II, llamado *el Sanguinario*, por los italianos, a causa de sus crueldades, muerto en Roma en 983; este sepulcro es una mole inmensa de granito, sin inscripciones ni adornos, al estilo de los sarcófagos faraónicos de las primeras dinastías; el de Alejandro VI, el Papa Borgia, vacío desde que Julio II hizo trasladar los restos a la iglesia española de Santa María de Monserrate, en donde fueron enterrados sin cruz y sin inscripción, de modo que hoy no se sabe a punto fijo el sitio en donde reposan.

El altar de la confesión, en el cual ese día celebró la misa el venerable Don Pío, guarda los palios que el Papa remite para la consagración de los Arzobispos. Un estrecho pozo, que desde época indeterminada ha sido en parte obstruido con piedras y con tierra, lo pone en comunicación con una cámara inferior, en donde se halla la caja que contiene los venerados restos de San Pedro.

El arca que guarda los palios se abre por la Confesión de la Basílica superior, y las puertas, de bronce dorado, con relieves admirables, son obra de arte de primer orden, debidas al cincel de Benvenuto Cellini.

Desde los primeros siglos del cristianismo, se conservó con firme persistencia la tradición, transmitida por los primeros cristianos, de que San Pedro había sufrido el martirio en el circo de Nerón y de que su cuerpo había sido sepultado no lejos de allí, a la orilla de la antigua Vía Cornelia, en el sitio en donde hoy se encuentra su tumba. El fue siempre lugar de especial veneración para los fieles de la naciente Iglesia romana. Agrega esa tradición, que durante una de las persecuciones posteriores, los cristianos, temiendo que la tumba fuera violada, trasladaron secretamente los restos del apóstol a las catacumbas de San Sebastián, en donde se muestra en la Platonía, el lugar en donde junto con los de San Pablo, estuvieron depositados temporalmente, y que, una vez pasado el peligro de la temida profanación, los volvieron a llevar a la tumba primitiva, en donde reposan hasta hoy.

Tal tradición fue consagrada de manera oficial y solemne el año de 312, cuando Constantino ordenó por medio de un edicto imperial la construcción de una gran Basílica sobre la tumba de San Pedro. Ya por entonces el arte romano, que en los siglos anteriores había creado el anfiteatro Flavio, las termas de Caracalla y la Basílica Trajana, se encontraba en plena decadencia. La obra fue hecha precipitadamente aprovechando los materiales y aun la misma estructura del circo de Nerón: la nave izquierda del templo se levantó sobre los mismos muros que servían de base a los asientos desde donde el pueblo romano del año 67 había presenciado el martirio del apóstol, en cuyo honor el mismo imperio erigía ahora el espléndido monumento destinado a contener la tumba del humilde y obscuro supliciado de entonces.

¡Qué transformación tan intensa la que en el mundo romano se había efectuado en el curso de tres siglos! El Cristianismo, considerado en un principio como secta abominable, mirado con horror por la civilización greco-romana, combatido a fuego y sangre, destrozado en los circos por las mandíbulas y las garras aceradas de las fieras, surgía del escondido refugio de las catacumbas para enseñorearse de la capital del mundo, y desde allí guiar a la humanidad por los nuevos rumbos que la habrían de conducir al apogeo de la moderna civilización.

La Basílica se levantó sin cambiar de sitio ni la tumba ni los sagrados restos del Apóstol. Sobre la caja que los contenía, depositó Constantino una cruz de oro de ciento cincuenta libras de peso, con la correspondiente dedicación; hizo revestir de bronce la cámara funeraria y decorar ricamente el arca o cámara superior, que servía de capilla, en donde los antiguos papas acostumbraban celebrar ciertas ceremonias litúrgicas en determinados días del año. Destinó, además, ricos dominios en Egipto y en Oriente para sostenimiento del culto de la Basílica y del clero a ella adscrito. Los emperadores subsiguientes continuaron enriqueciéndola con nuevos dones, y a ella aflúan los tesoros de toda la cristiandad. De tal suerte que cuando en el memorable año de 836 los sarracenos entraron a Roma y se apoderaron de las Basílicas de San Pedro y de San Pablo, recogieron como botín de guerra, en las tumbas de los dos Apóstoles, la enorme suma de tres mil kilos de oro y treinta mil de plata, sin contar las piedras preciosas que habían sido en ellas depositadas. Pero los infieles, si acaso penetraron en el arca, no llegaron a la cámara mortuoria, que está situada a mayor profundidad y sin otro acceso que el estrecho pozo de que ya se ha hablado.

Después de que Constantino colocó la gran cruz de oro sobre el sarcófago de San Pedro, nadie ha penetrado

al sagrado recinto, y sólo en una ocasión han llegado hasta allí las miradas humanas. En 1594, cuando se construía la actual Basílica en reemplazo de la de Constantino, que amenazaba ruina, al hacer las excavaciones para echar los cimientos de la Confesión actual, se puso al descubierto la entrada del pozo, en cuyo fondo se encuentra la cámara funeraria. Giácomo della Porta, arquitecto que dirigía los trabajos, introdujo una antorcha encendida y a su luz vacilante vio en el fondo brillar una cruz de oro sobre una caja mortuoria. Advertido Clemente VII, bajó en el acto al lugar de los trabajos, acompañado de los Cardenales Bellarmino Antoniano y Sfondrati. El Papa, a su turno, introdujo en el pozo la antorcha encendida, miró hacia el fondo, y al apartar los ojos ordenó suspender los trabajos y tapar sin dilación la abertura que se había encontrado: *Foramen se coram coementis oppleri.*

En la época trágica de las invasiones de los bárbaros, Roma parecía destinada a ruina irremediable y definitiva. Incendiada y saqueada en repetidas ocasiones por los pueblos que, como bandadas de buitres, se arrojaron sobre Italia, sin la tumba de San Pedro el nombre de la ciudad imperial habría sido borrado del catálogo de las ciudades vivas, y el sitio que ocupaba se habría adivinado por las colinas que se levantaban en su recinto. Quizás algún friso destrozado, alguna columna rota y en parte sepultada, señalarían el lugar en donde antes se levantaba un palacio, un pórtico o un templo, como se ven en el Aventino, en el Celio o en el Palatino, hoy desiertos y solitarios, y que fueron en la época del esplendor de Roma los barrios más populosos, más ricos y más aristocráticos de la grandiosa capital del Imperio. Pero Roma, empobrecida y arruinada, volvía a la vida, merced a la veneración y al interés que en el mundo cristiano despertaba la sagrada reliquia de que era depositaria.

Bien podía Totila ordenar la dispersión de los pocos centenares de habitantes que miserables se abrigaban en las humeantes ruinas de la opulenta metrópoli del mundo antiguo: ellos volvían a congregarse en torno de la venerada tumba de San Pedro, y tras de ellos los peregrinos y emigrantes de Africa, de Asia menor, de Italia y del resto de Europa llegaban a dar vida y movimiento a la ciudad que renacía de entre sus propios escombros y que crecía y se desarrollaba, no ya como la capital de un imperio sino como la metrópoli espiritual del mundo.

CARLOS CUERVO MÁRQUEZ.

Septiembre de 1915.

ANTROPOFAGOS ESPAÑOLES

HACÍA mis estudios en París cuando principió a publicarse el *Diario de Viajes*. Atraído por los grabados medio fantásticos que ostentaba en los kioscos de expendio, no dejé pasar número que no comprase y que no leyese, comentándolo con mi travieso criterio de niño. Uno de los relatos que más hirió mi imaginación fue el de un francés a quien los salvajes habitantes de la Nueva Caledonia obligaron a comer carne humana. El autor dice que aquel manjar no le pareció desagradable, que le halló cierto sabor a lechoncillo. Cínica me pareció semejante confesión y perdí la admiración que las anteriores aventuras me habían hecho concebir por su persona.

Más tarde leí en las memorias de un oficial francés cómo en la campaña de Argelia su cocinero le había servido un suculento *beefsteak* en un lugar desierto, donde no había huella de ganado ni rastro de caza. Cuál no sería

su sorpresa al descubrir que la carne que había comido tan a su sabor provenía de la parte más robusta de una rolliza cantinera a quien el desdichado cocinero, por celos del oficio, había dado muerte, crimen que pagó con la vida. «Pero no puedo negar, agrega el oficial, que la preparación estaba apetitosa y de buen sabor».

No queremos averiguar, ni razón hay para ello, si la carne humana es de gusto delicado o repugnante, pero es el hecho que muchos castellanos la comieron, en tiempos de la conquista, y que les quedaría gustando, pues que se viciaron a ella, no obstante ser considerado el acto como uno de los mayores crímenes. Díganlo si no los caribes a quienes por sólo esta costumbre se les declaró fuera de la ley y excluídos del concierto humano, se les consideró como esclavos natos y como tales fueron cazados, marcados y vendidos.

*
* *
*

En su penúltimo viaje a las Indias Occidentales, Juan de la Cosa, perseguido por la mano de la Providencia que principiaba a castigarle los crímenes cometidos contra los indígenas, llegó al puerto de Nao o Zamba. De la lucida expedición que de España había traído sólo le quedaba un centenar de hombres, y de las naves en que había surcado el océano no poseía más que dos bergantines y un batel. De este pueblo, abandonado por sus moradores, sacó las provisiones que creyó suficientes y siguió costeano la tierra firme con su séquito de soldados minados por las fiebres. Como se agotaran los alimentos, los expedicionarios atracaron en un punto ignorado de nuestras costas. Juan de la Cosa, atraído sin duda por el olor de la carne, se acercó a un grupo de tripulantes que, sentados al rededor de una olla, saboreaban con anticipación un cocido de carne humana. Aquellos desventu-

rados habían dado muerte a un indio y le habían despresado con más esmero del que hubieran puesto para una res en el matadero. Ya habían comido la asadura y preparaban la carne para llevarla, como provisión, a bordo. Juan de la Cosa, muy airado, los reprendió, y de un puntapié volcó la vasija en que hervían los restos humanos. . . . los que fueron recogidos apenas hubo volteado la espalda.

Aventuras sin cuento pudieran referirse de esta expedición, juguete que fue de los vientos y de las olas, hasta que hubo llegado a la isla de Cuba, con sólo cincuenta individuos más muertos que vivos. Juan de la Cosa saltó a tierra con los únicos treinta en estado de caminar, e hizo una corta excursión en busca de alimentos. Con él iban tres de los que habían comido de la carne del indio. Enfermos y cansados, quedaron éstos un poco atrás y fueron sacrificados por los indígenas. Así pagaron su pecado de gula.

*
* *

Hallábase el sanguinario teutón Ambrosio Cinquer, más conocido en la historia con el apellido de Alfinger, a orillas de la pintoresca laguna de Tamalameque. Este remedo de Atila, después de incendiar todos los pueblos con que en su camino había tropezado y hecho degollar indios sin piedad, había saqueado las ricas y espléndidas poblaciones que orlaban la laguna y aquellas que se levantaban sobre algunas de sus islas. Tenía ya mucho oro del que había robado y poca gente para continuar su ruta a la opuesta ribera del gran río, donde le decían que hallaría soberbias ciudades con muchos habitantes y más riquezas de las que pudiera soñarse. Para proseguir sus depredaciones necesitaba de más gente, caballos, armas y municiones. Para conseguirlas despachó a Iñigo de Basconia a Coro con veinticinco soldados y esclavos indíge-

nas que, acémilas humanas, habían de cargar con \$ 60.000 en oro y los víveres necesarios para el camino. Después de mucho andar, la expedición se perdió entre la enmarañada selva virgen que rodea la laguna de Maracaibo. Los víveres se agotaron. El hambre obligó a los españoles a comerse un perro que llevaban, y luego siguieron alimentándose con bellotas y cogollos que les brindaba la espléndida flora de la montaña. Como esta comida no fuese suficiente para restaurar sus fuerzas, Basconia hizo degollar a uno de los cargueros y repartió la carne con sus compañeros. Los estómagos, aunque delicados y debilitados por la privación, no harían el asco a aquel bocado, puesto que la carne humana fue en adelante su regalo, y los pobres indígenas fueron pasando uno después de otro a los vientres de los españoles.

El oro fue repartido en pequeños tercios y cada soldado llevaba el suyo. Agobiados de cansancio, una noche después de largas discusiones enterraron al pie de un árbol el tesoro, tan inútil en aquellas soledades.

Las gentes de la expedición veían con horror llegar el momento en que, sacrificado el último indígena, tuvieran que luchar para conservar sus vidas y devorarse los unos a los otros. Aterrados ante expectativa tan cruel, cuatro de ellos, Juan Ramos, Juan Justo y un tal Cordero con su hijo se apartaron de la expedición, la que hacía cortísimas marchas, pues Basconia estaba herido en una rodilla, y todos los demás heridos y maltrechos. Al día siguiente de haberse separado, el joven Cordero alcanzó la compañía. Llevaba en la mano una lonja de carne. Preguntado cómo la había conseguido, contestó con la mayor naturalidad que sus compañeros habían degollado a una india que llevaban, y que luego de hartarse de carne fresca, habían cecinado la restante para el camino, y que él había guardado su parte.

Es increíble que el pecho de aquellos desventurados, abandonados por la Providencia y en lucha con las necesidades, las dolencias y una naturaleza indolente, abrigara la innoble pasión de la avaricia. Así era sin embargo. Después de mucho andar, de común acuerdo esos infelices deshicieron camino para desenterrar el oro que habían sepultado, el que apenas pudieron acariciar con ávidas miradas, pues viendo su impotencia para cargarlo, le ocultaron nuevamente al pie de otro árbol.

Desesperados, perdidos en la inmensa selva, quisieron regresar al campamento de Cinquer. Mas ¿cómo orientarse en aquel laberinto de vegetación, entre el cual habían estado dando vueltas durante tantos días deshaciendo a veces el camino recorrido la víspera? Basconia no podía dar paso por lo muy enconada que tenía la pierna; Juan Montañés estaba tan hambreado que hubo de quedarse atrás; lo mismo aconteció un día después a Juan Vizcaíno. Siguióles Francisco de San Martín, que sin duda se acostó debajo de un árbol de maléfica sombra, pues se le hinchó la cara y luego todo el cuerpo, y quedó ciego, rezagado de sus compañeros. Basconia, aunque despacio y aguantando agudísimos dolores, iba siguiendo camino con los demás, pero al fin llegó el día en que fue abandonado por los suyos en vista de la necesidad que los movía de buscar aun cuando fuera cogollos de palma para alimentarse. Con él quedaron otros tres enfermos: Cristóbal Martín, Francisco, su criado, y Gaspar de Ojeda:

*Quedó Vasconia pues con seis o siete,
Y no sé cuantos indios de cadena,
Los cuales degolló cruel machete
Para mayor informe de su cena.*

.....
*Los que quedaron, sobre particulares
De pierna, pie, de mano, brazo, codo
Tuvieron ciertas bregas y pasiones*

*Pues Vasconia partía de tal modo
Que daba muy escasas las raciones
A los otros, tomándose todo;
Y así por no tener con él pendencia
Huyeron los demás de su presencia.*

El grupo que abandonó a su jefe siguió a órdenes de un tal Portillo. No habían caminado un cuarto de legua cuando observaron que no llevaban lumbre. Dos de ellos fueron comisionados a ir a buscarla al sitio en que, tendido en una hamaca, había quedado el Capitán. Le hallaron muy adolorido, quejándose y llorando de pesar, y vieron a Cristóbal Martín muy entretenido abriendo con el cuidado con que se prepara un cerdo degollado, el cuerpo de un muchacho indígena de los que habían traído de tierras de los pocabuyes, que acababa de degollar para comerlo con su jefe.

La partida de Portillo, después de caminar durante tres días, llegó a orillas de un río, a un delicioso sitio que invitaba al descanso. Unas diez piraguas estaban atadas por bejucos a los árboles, y los indios que las tripulaban, armados de arcos y flechas y engalanados de vistosos plumajes, descuidados, se entregaban a la pesca. Los salvajes no se ahuyentaron al ver a los españoles. Hacia ellos se dirigieron con tan visibles demostraciones de paz que les entregaron sus armas y los abastecieron con las provisiones que tenían en las piraguas. No satisfechos los castellanos pidieron por señas más comida. Los obsequiosos habitantes de la selva saltaron a sus canoas y se alejaron con el ostensible objeto de renovarles los alimentos. Siete indios quedaron aguardando su regreso, confiados y contentos en medio de tan extraños huéspedes. Extraños en verdad y más que ellos salvajes.

*El socorro que llevan es pequeño
Para lobo que viene tan hambriento,
Y los caribes nuevos que os enseño*

*Concibieron un torpe pensamiento
Y fue tomar la gente comedida
Para que les sirviese de comida.*

Efectivamente, mientras los indios dormían a pierna suelta, los españoles se arrojaron sobre ellos con el fin de apresarlos y llevarlos como ganado, para sustento del camino. Tan agotados estaban los cristianos, tan sin fuerzas y sin alientos, que sólo lograron apresar a uno; los demás escaparon corriendo. A este desgraciado lo llevaron amarrado hasta un arroyo cercano.

*Luégo rompió las venas el cuchillo
Y aun la sangre les fue licor sabroso
Y un soldado bestial, dicho Portillo,
Demás del hecho vil y criminoso
Lo hizo tal que no quiero decillo,
Por ser horrendo, feo, y asqueroso
Y tal que las entrañas sosegadas
En oïllo darán mil arqueadas.
Los miserables miembros repartidos
Desde los bajos pies a los cabellos.*

Bien cenaron aquel día, llevando la carne sobrante para necesidades futuras.

¿Qué disculpa podrían alegar aquellos aventureros para haber cometido un crimen tan inútil? ¿Podrían decir que el hambre los había empujado a devorar a sus semejantes? ¿Acaso no tenían asegurada la subsistencia con los alimentos que con tan buena voluntad fueron a traerlos los indios y con la oferta que les habían hecho de llevarlos a Maracaibo? ¿Qué locura, qué aberración se apoderó de estos europeos, para poner en peligro su propia existencia, por la diabólica sensualidad de atracarse de carne humana? ¿Sería para ellos un plato tan delicado que para comerlo comprometieran la vida, y se condenaran a seguir, hasta sucumbir, sujetos a las fatigas

y sufrimientos que habían experimentado los días anteriores?

De la expedición de Basconia sólo se salvó Francisco Martín. Los demás fueron pereciendo uno en pos de otro, quedando sus cuerpos a merced de las fieras y de las aves de rapiña.

*
* *
*

Por los años de 1536, después de haber encallado en la isla del Escudo, llegó a Veragua como Gobernador Felipe Gutiérrez. Tan desorientado se hallaba en el terreno que recorría, que buscando sus Estados pasó por frente a Nombre de Dios, de donde tuvo que regresar. Como le agradara, por su situación, una bahía a donde arrimaron a tomar agua, fundó en ella una población a la que puso por nombre la Concepción, de cuya situación exacta no pudieron darse cuenta sus mismos vecinos: éstos decían que el río que la bañaba era el río Belén, y otros que era uno que quedaba más al occidente, probablemente el Yebra. Sea cual fuere el nombre que llevara, en una gran creciente que echó, arrastró con las provisiones que los castellanos tenían depositadas. Para conseguir qué comer, Gutiérrez despachó dos comisiones por la costa. La primera regresó no trayendo más que enfermedades. La segunda llegó a tierras de Durui, quien ofreció darles *trin-gla* (oro), pero cometieron tantos desmanes y atrocidades que los habitantes resolvieron atacarlos, matándoles mucha gente. Obligados por la necesidad mataron una yegua y se repartieron sus carnes. Más adelante se comieron un caballo. Aniquilados por los indios que diariamente les hacían alguna víctima, y sin esperanza de conseguir bastimento, tasajearon otro caballo y regresaron a la Concepción. Iba adelante Gutiérrez con un gran séquito, pues que sólo la guardia de su persona contaba cuarenta ba-

llesteros. Entre los que venían atrás se hallaba Diego López Dávalos, quien enojado con un indio de su servicio, le dió muerte atravesándolo con su espada. Luego pasaron Diego Gómez y Juan de Ampudia, y viendo fresco aún el cadáver, convinieron en pasar allí la noche «y celebrar las obsequias de aquel indio, y sepultarle en sus mismos vientres. ¡Oh, malditos hombres! ¡Oh, improprios christianos! ¡Oh, verdaderos lobos y no hombres humanos! ¡Que tan poco habéis de vivir, por larga que sea vuestra vida y tal crimen osais cometer ¿Esse es el oro que veniades a buscar a las Indias? ¿No os acordays que teneys ánimas? El hecho es que por saciar su hambre e necesidad, hicieron fuego e hartáronse de la carne de aquel indio, bien o mal asado».

Al día siguiente, Gómez y Ampudia con otros diez compañeros de los que habían quedado a retaguardia, llegaron a unos bohios donde no hallaron ninguna provisión. Estaban todos hambreados. Entre los dos mataron a Hernán Dianas, sevillano, que venía muy maltratado e incapacitado para defenderse, y entre todos se lo cenaron y juraron de guardar silencio sobre tan sucia y villana acción. «Después que ovieron comido aquel pecador, durmieron allí aquella noche».

La última noche la pasaron en dos bohios abandonados, apenas distantes unas dos leguas de la Concepción, a donde ya había llegado el Gobernador. Ampudia y Gómez, que ante nada retrocedían para conseguir su ración de carne fresca, degollaron a Alonso González de Ronda, que también se hallaba inutilizado para defenderse. Los sesos de la víctima fueron motivo de disputa acalorada. Fue bocado muy discutido. Ampudia cortó el alegato arrebatándolos y engulléndolos. La misma discusión y debate semejante se suscitó con respecto al hígado.

Temeroso de que el secreto no pudiera guardarse entre nueve, que fueron los que llegaron vivos al pueblo,

Juan Guzmán, confiado en que su crimen le fuera perdonado delatándolo, tuvo el cinismo de denunciarlo al Gobernador, previa promesa de que se le excluiría del castigo que se impondría a los demás. Indignado Gutiérrez por tan execrable y enorme delito, lo puso en conocimiento de su Alcalde Mayor. La sentencia no se hizo esperar. Ampudia y Gómez fueron quemados vivos. A los otros se les puso, a cada uno, en la mejilla, con un hierro candente, una C, marca infamante que anulaba su individualidad y los reducía a la esclavitud del César, en cuya calidad debían ser vendidos a favor del fisco. Todos murieron a los pocos días de marcados.

En el camino había quedado uno de los cómplices en los asesinatos y de los partícipes en el festín. Un alguacil fue comisionado para traerlo a la hoguera que le tenían destinada, pero el desgraciado, apenas vio, al representante de la justicia, cayó muerto, si es que no se hizo matar para evitar el que le asaran vivo. El comisionado, que quería dejar una prueba de que había cumplido con su deber, dejó el cadáver colgado de un árbol.

¿Fatalidad? ¿Casualidad? ¿Designios de la Providencia?... No lo sé, pero es extraño que todos los castellanos, que se sepa, que comieron carne humana, tuvieron una muerte trágica, sin que para evitar el castigo les hubiese valido el hallarse en desiertas playas o en las más lejanas selvas a donde no alcanzaba a penetrar la justicia humana.

ERNESTO RESTREPO TIRADO.

Septiembre de 1915.

Páginas olvidadas.



Manuel Uribe Ángel.

NACIÓ EN ENVIGADO (ANTIOQUIA) EL 4 DE SEPTIEMBRE DE 1822.
MURIÓ EN MEDELLÍN EL 16 DE JUNIO 1904.

«El doctor Uribe Ángel—dice uno de sus biógrafos—dio principio a sus estudios en el año de 1836 en el Colegio del Rosario de esta ciudad, y después de cursar latinidad y filosofía, siguió las cátedras de medicina hasta fines de 1846, en que recibió el grado de Doctor. Desde ese año hasta el de 1875, en el ejercicio desinteresado y fecundo de su profesión, y persiguiendo siempre los múltiples estudios a que ha sido dado, ha emprendido en diversas épocas largos viajes por las Repúblicas del Pacífico, Méjico y las Antillas, por Europa y los Estados Unidos, dejando siempre grata y simpática huella de su paso».

«Eximio hombre de ciencia, su filantropía inagotable se ha hecho proverbial en Antioquia. La flexibilidad de su cultivada inteligencia lo llevó a trabajar en los más variados campos de la actividad mental. De entre sus estudios históricos debemos citar las biografías de *Alvaro de Oyón* y de *Francisco Pizarro*. En el dominio científico, la *Geografía del Estado de Antioquia* constituye monumento de paciente y juiciosa observación. En el campo literario su vivida imaginación lo llevó a escribir deliciosos cuentos de costumbres, como la *Caña de Azúcar*, *Bolívar poeta*, *Medicina en Antioquia*, *El Bien cae de arriba*, *El Camán*, *Don Rodrigo Gómez de Silva*, y leyendas de los tiempos coloniales, como *La Serrana*.

Miembro activo de diversas academias científicas, nacionales y extranjeras, buena parte de la obra del doctor Uribe Ángel se halla diseminada en periódicos y revistas. De desearse sería que ella fuese compilada, a fin de que se pueda en su conjunto apreciar la labor literaria y científica de uno de los más eminentes escritores colombianos.

UN EPISODIO COLOMBIANO

CUANDO el General Antonio José de Sucre reía de buena gana, su boca se abría tanto, que sus dientes incisivos y caninos y las muelas, hasta las cordales, quedaban completamente descubiertas y visibles. Eso debió depender de una organización especial de los labios, del músculo articular de la boca, de los cigomáticos y de los maseteros.

La risa del Gran Mariscal de Ayacucho era franca y alegre, como sienta a un intrépido soldado. Dejémosle, sin embargo, con su manera de reír habitual, estrepitosa en ocasiones y agradable siempre, para ocuparnos en narrar la historia que a continuación va.

Sabido es por todos que el ejército colombiano contribuyó como el primero a dar libertad a las tierras del Perú, y sabida cosa es también que los buenos señores del Sur, después de festejar, enaltecer y deificar al General Bolívar y sus compañeros, durante el tiempo de su residencia en las comarcas del Sol, cayeron en la flaqueza de declarar la guerra a Colombia, cuando vieron las espaldas de sus valientes que regresaban a la Patria cargados de laureles y de merecimientos.

Corría el año de 1828 cuando, por consecuencia de los pretextos de nuestros queridos hermanos del Rímac, nos vimos en la imprescindible necesidad de hacerles frente en la llanura de Tarqui.

El Perú tenía un General valeroso y experto: Lamar, Colombia tenía, por el lado del Sur, al Gran Mariscal de Ayacucho y al General Juan José Flores. El Perú contaba con un ejército numeroso pero un tanto tímido, mientras que Colombia poseía un corto ejército un tanto atrevido y audaz.

El Perú estaba acostumbrado a ver en todas partes las legiones colombianas para darle libertad; Colombia, a derrotar españoles y a dar independencia a los pueblos.

El Perú se envanecía con los más, pero no con los mejores; Colombia descansaba en los menos, pero los más arrojados y temerarios.

Y que descansaba en ellos es fácil cosa de demostrar, pues en la batalla de Tarqui, que es a la que estamos refiriéndonos, pelearon en favor de Colombia Suce, Flores, O'Leary, Camacaro, Ibarra, Mackinston, Vernaza, Zubiría, Moyano, Martínez Aparicio, y no sabemos cuáles otros, todos ellos más o menos diablos en figura humana.

Los ejércitos se pusieron en frente uno de otro con ánimo determinado de combatir. El peruano ocupó el pueblo de Sarajuro y sus alrededores; los de acá, es decir, los colombianos, ocuparon la llanura de Tarqui.

Ese Tarqui es un campo bastante extenso en que soldados que merezcan tal nombre, batallones que hayan adquirido gloria, escuadrones que sepan manejar el caballo y la lanza, artilleros que conozcan el cañón y ejércitos que sepan combatir, pueden hacer prodigios.

Y sucedió que el Teniente Santa Cruz, un pastuso de sangre en el ojo y de pelo en pecho, como se dice, Teniente del ejército, imberbe y sujeto de poca apariencia, destacó un piquete por la oracioncita, víspera del combate, atacó a los peruanos que estaban en Sarajuro, y les hizo trasnochar cogiéndoles algo más de 500 prisioneros, que fueron llevados al campo en que estaba el Cuartel General del Gran Mariscal del Ayacucho. Todo eso ejecutado con una compañía constante a lo más de sesenta hombres.

Después del acontecimiento amaneció el día en que debía verificarse la batalla y en que ocurrió efectivamente.

Los peruanos presentaron su ejército, porque no podían menos, enfrente al nuestro. Se dio la señal; rompióse el fuego; cargó la caballería; tronó el cañón, y poco después nuestros hermanos del Rímac, muertos unos, prisioneros otros y fugitivos los más, fueron vencidos.

Al año siguiente (1829) se ajustó la paz, y tan amigos como antes.

El arrojo, la bizarria, el denuedo de los colombianos en esa función de armas no fue superior, porque no podía serlo, al que las mismas falanges habían mostrado en Boyacá, Carabobo, Pitayó, Pasto, Ibarra, Pichincha, Junín y Ayacucho.

Generales, Coroneles, Capitanes, Tenientes y hombres de tropa fueron a ese encuentro como se va a un paseo, a un baile o a un festín cualquiera.

Describir aquella batalla no es cosa que éntre en el intento que nos proponemos. Se triunfó, y para triunfar, se hizo el deber, algo más que el deber, se llegó al heroísmo.

Mencionar los rasgos eminentes de valor obrados por Cabos y Oficiales, sería asunto enfadoso por lo largo; pero glorioso por lo esencial y verdadero.

Prescindiremos de todo eso para mencionar solamente el curioso comportamiento, la serenidad y la estoica conducta del doctor Camilo Marquizzio, médico italiano al servicio de la República de Colombia.

Cuando sonaron los primeros tiros que anunciaron la refriega, nuestro querido doctor, que tenía su caballo pastando en el campo y su ordenanza al lado, llamó a éste y le dijo: —«Búsqüeme usted algunas yerbas para curar los heridos. —¿Pero qué yerbas, señor? le observó el ayudante. —*Ma yerbas que se trovan per los campos*, y luégo dirigiéndose al corcel, le decía: —Venga, caro *Pugeta*, para ponerle la brida, porque vienen los *peruvianos* y nos matan».

Se triunfó, y después del triunfo el General en Jefe estableció su cuartel general en la ciudad de Cuenca, donde quiso dar reposo a sus valientes y esperar órdenes del Gobierno para seguir a su destino.

Instalado en aquella ciudad, llegó la época de Semana Santa, época famosa para los devotos; pero no tanto para los soldados.

No porque un ejército colombiano venciera en todas partes se hallaba exento del rigor de la disciplina militar, sobre todo si ese ejército era mandado por el General Sucre. Así fue que, durante los primeros días de la permanencia de los colombianos en Cuenca no hubo persona que dijera «esta boca es mía» para denigrar su conducta. Al contrario, todos los *morlacos* se hacían lenguas para ponderar el comportamiento de nuestros obreros de emancipación. Efectivamente, más parecían frailes cartujos o de la Trapa que llaneros de Apure o Casanare, montañeses antioqueños o indios de la Sabana.

La Semana Santa en los pueblos del Ecuador es cosa que se parece poco a la Semana Santa de todas las otras partes del mundo. Para evitar digresiones enfadosas o descripciones inútiles, digamos solamente que las funciones ni son regias ni carnavalescas, ni vulgares ni aristocráticas; que son simplemente funciones de Semana Santa, con el objeto de hacer entrar por los sentidos, a quien las contemple, la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Ajustemos nuestra relación únicamente a la Cena.

La Cena, en todos los pueblos católicos en que hemos asistido a esta clase de festividades, es una cena ficticia. Los Apóstoles son de madera, de madera son los panes, de madera o de cera son las frutas, de cualquier cosa son las carnes, y de agua teñida con moras es el vino. En Cuenca no; el vino es vino; el pan, pan; la carne, carne; las frutas, frutas; y así por lo demás.

Verdad que para los fieles, mientras la cena no pasa de simple espectáculo, el Cristo y los Apóstoles son de madera; pero pasada la ceremonia, ese Cristo y ese Apóstolado son reemplazados por los canónigos, que comen y beben de lo bueno.

Estaba muy adornada la mesa de la Cena en la Iglesia Catedral; todas las funciones del culto eran desempeñadas por el clero con rigurosa exactitud; los fieles visitaban altares; las beatas rezaban estaciones; los penitentes se vestían con sus largos capirotos; las procesiones iban por las calles con majestuosa solemnidad, y los Jefes, Oficiales y soldados de Tarqui paseaban curiosos e investigadores por casas, calles y templos.

Serían las nueve de la noche, cuando un grupo de Jefes y Oficiales del Ejército entró en la Catedral, contempló la Cena y concibió por su contemplación el más diabólico proyecto que registran los fastos de todos los pueblos de la cristiandad.

Ese proyecto consistió en comerse la Cena tal y tan apetitosa como se presentaba a su vista, y para llevarlo a cabo resolvieron, cuando ya el templo estuvo vacío, cerrar y atrancar perfectamente la puerta.

Una vez solos y sin testigos, entraron en Consejo de Guerra, porque eso estaba en la índole de sus costumbres, para decidir el plan de ataque.

El Coronel Mackinston, irlandés, que hubiera causado envidia a Goliat por su corpulencia, fue elegido para servir de caballo, y el Coronel Moyano, llanero de Apure, más ágil y diestro para manejar la lanza que todos los personajes históricos de esa arma, fue elegido para montar en hombros del primero. Para mandar la carga se designó al Coronel Fernández, y para la reserva quedaron todos los demás circunstantes.

Dada la voz, el coloso irlandés partió suelto y ligero sobre el grupo apostólico, y el caballero jinete hizo destrozos, cayendo alternativamente sobre San Juan y San Pedro, sobre San Lucas y San Mateo, sobre la Magdalena y la Dolorosa, sobre San Andrés y Judas, y . . . hasta sobre el Cristo.

Terminado este primer combate, entró la infantería; uno empuñó a Santiago por las pantorrillas y lo depositó en un rincón; otro, a San Bartolomé y lo tiró a una nave; éste, a San Juan y lo estrelló contra el presbiterio; el otro a la Dolorosa, y la estropeó sin piedad; y aquél a la Magdalena y la botó a un tejado de la sacristía.

Hecho lo referido, sentáronse a la mesa, bebieron el vino, comieron la carne, devoraron las frutas y acabaron con cuanto había, porque era día de abstinencia.

En tanto que estas profanaciones ocurrían, el sacristán se asomaba por una de las ventanas laterales, y horripilado con tanto escándalo, tiró para la casa del Cura y le dio cuenta de lo que estaba sucediendo.

El venerable Párroco siguió incontinenti para el templo con el fin de actuarse de lo acontecido; pero al llegar a él halló la puerta abierta y el interior en un desorden abominable y espantoso.

Sin creer lo que veía, con la boca abierta, los cabellos erizados y la más profunda angustia en el alma, fue en busca del General en Jefe, que aún no dormía, y le dio, con la más patética y elocuente arenga, la relación del enorme y nefando sacrilegio cometido por las tropas de su mando.

Con el General Sucre no se podía jugar impunemente, y sobre todo en asuntos tan graves como aquel. Oyó pacientemente la manifestación del venerable Parroco, y cuando hubo concluido, le dijo: —Vaya usted tranquilo, señor Cura; el hecho es grave y no quedará sin castigo.

Yo prometo a usted, a fe de Antonio José de Sucre, que mañana, antes de medio día, los culpados serán descubiertos y la religión satisfecha por el fusilamiento de todos ellos en la plaza pública. Digo a usted que no habrá remisión.

La noche no fue tranquila para el gran caudillo. Puede uno ser bravo en el campo de batalla, impávido en el peligro, General de División, Gran Mariscal, y, sin embargo, hay ocasiones en que la más leve preocupación destruye el apetito, encrespa los nervios y quita el sueño. Eso, ni más ni menos, ocurrió al serenísimo prócer de nuestras glorias de independencia.

No bien hubo amanecido, cuando el esclarecido Jefe colombiano llamó a un Ayudante y le dio orden para que buscara e hiciera comparecer a su presencia al señor Coronel Fernández.

El Coronel Fernández era uno de los más denodados e inteligentes Jefes del Ejército independiente. No se sabía bien en qué puesto colocarle, porque al tiempo del combate ninguno era más impávido ni arrojado que él, y porque, cuando trabajaba en el Estado Mayor, ninguno era más experto, más listo ni más hábil para encabezar un sumario, tomar declaraciones, seguir una causa, servir de Fiscal en Consejo de Guerra o ser defensor, cuando el caso lo requería. Escribía a maravilla el Coronel (y cuando decimos que escribía a maravilla, nos referimos a la letra y a la redacción); era chusco como un andaluz, y como, además, era tuerto, no le faltaba cierto airecillo socarrón, malicioso y de tunante.

En el Ejército lo querían bien, acataban, escuchaban con placer y celebraban su gracejo.

Cuando el Ayudante del General en Jefe comunicó al Coronel Fernández el mandato del General Sucre, el Coronel estaba todavía en cama, aletargado en parte por el sueño y en parte por las libaciones de la noche anterior;

mas como fuese forzoso obedecer y obedecer con presteza, saltó del lecho, se vistió rápidamente el uniforme y se dirigió al punto de llamada.

Desde que el suspicaz y malicioso Oficial se puso en presencia del inclito Mariscal, comprendió que algo notable y trascendental había en tela de juicio.

En efecto, el vencedor de Ayacucho mostraba fisonomía visiblemente contraída y severa. Una arruga, del grueso del dedo indicador, extendida desde cima de la nariz hasta la mitad de la frente, le imprimía facha verdaderamente terrible y amenazadora.

Sin más preámbulos, se encaró con el subalterno y le dijo:

—«Anoche se ha cometido un crimen en la Iglesia Catedral por algunos Jefes y Oficiales del Ejército. Ese crimen pasa todo límite y ultraja toda disciplina y toda moral. Es una profanación que debe tener castigo inmediato, y no se dirá jamás que hombres a mis órdenes hayan ultrajado la religión y cometido un sacrilegio, sin haber sido castigados pronta, eficaz e inexorablemente.

«Encabece usted una información sumaria con el fin de averiguar el delito y el número y nombre de los delincuentes. Obre con actividad y avise el resultado antes de cuatro horas».

Fernández salió de la casa del General un poco turbado, porque sabía bien a qué atenerse cuando con hombre tal había que tratar negocios de moralidad militar aplicados a un Ejército.

Con solícita prontitud reunió a sus cómplices de la jornada anterior y les manifestó con seriedad todo lo ocurrido, agregando:

—«En mi opinión estamos perdidos; averígüelo yo o averígüelo otro, el asunto quedará claro dentro de pocas horas; se sabrá lo hecho y, o soy un tonto, o antes de medio día tendremos carne fresca en la mitad de la plaza».

—«Pero, hombre, le dijeron sus amigos, invénta algo para sacarnos del mal paso; tú eres fecundo en expedientes y a tu ingenio encomendamos nuestra salvación».

—«No hay inventos, no hay ardidés, no hay ingenio; estamos perdidos», les dijo, y volvió la espalda con aire meditabundo y afligido.

Serían las diez de la mañana y el General Sucre, con algunos Jefes y Oficiales de su Estado Mayor, tomaba su almuerzo con semblante ceñudo y de mal humor.

Era la hora del café cuando el Coronel Fernández se presentó en la puerta del comedor. Al sentir sus pisadas, el Mariscal levantó la cabeza y echó sobre él una mirada imperativa y escrutadora.

Al suceder lo dicho, el Coronel irguió el cuerpo, tomó posición marcial, llevó la mano a la visera del kepis con la palma vuelta hacia adelante, imprimió al brazo un semicírculo a la derecha y descansó la mano sobre la empuñadura de la espada, y luego, con la fisonomía llena de ese no sé qué feroz y simpático de todo veterano, y con la mirada oblicua de todo tuerto, se fijó en el General como para ser interrogado.

—¿Y bien, dijo Sucre, ¿qué ha averiguado usted? Dé cuenta del resultado de su comisión.

—Excelentísimo señor, dijo, tomando con la diestra mano un rollo de papel que llevaba debajo del brazo izquierdo: de acuerdo con el mandato de Usía y en cumplimiento de mi deber, he procedido escrupulosamente a la investigación de los hechos. Estos se cumplieron, como Usía me lo indicó, en el templo que sirve de catedral, convertido durante una parte de la noche en un verdadero teatro de batalla. Inspeccioné el campo, y como resultado de mis pesquisas, encontré a Cristo, muerto; a San Juan, contuso; a San Bartolomé, estropeado; a la Dolorosa, herida; y a la Magdalena, dispersa.....

Sin duda fue tanta la seriedad y fue tanto el aire cómico del relator al dar el informe, que el Gran Mariscal, no pudiendo contenerse, arrojó el bocado que en la boca tenía y prorrumpió en una carcajada tan abierta y ruidosa, que sus dientes incisivos, sus caninos y hasta las muelas del juicio quedaron visibles.

Después de pasado este primer movimiento, el General Sucre quiso restituir al negocio toda su gravedad y castigar severamente a los delincuentes; pero se asegura que cada vez que de ello trataba, al recordar la fisonomía y actitud del Coronel Fernández cuando daba su informe, volvía a sus risotadas y no podía pasar adelante.

La cosa quedó así.

MANUEL URIBE ANGEL.

Medellín, noviembre 4 de 1883.

CANTOS DE GUERRA

AL TRAVES de la historia de los cantos de guerra, desde el grito agudo de los pieles rojas hasta los salmos de los soldados de Cronwell, resalta la verdad de la vieja frase: «decidme cómo cantáis y os diré cómo os batís». Al són de trompetas se abrieron las puertas de Jericó y al són de violines se rindió Lérida.

El espíritu luchador de Alemania revivió en 1813 al calor de las estrofas ardientes de Körner, el soldado poeta cuya voz se alzó para contestar a la voz de la revolución, que se había lanzado veinte años antes al otro lado del Rhin y que hoy resuena en las llanuras de Champagne y en los defiladeros de Argonne.

Lo que puede un canto, que lo digan los suizos: guerreros andantes que, después de triunfar en Morat y en

Novara, se desbandaban y desertaban al oír el *Ranz des vaches*, canción de pastores que venía a recordarles la llama azulada de sus hogares y el verdor de sus montañas.

Lo que enardece un canto, que lo digan en cambio los que vencieron en Leipzig y los héroes de Valmy; que lo digan Körner por Alemania y Rouget de L'Isle por Francia; que lo cuente la Marsellesa, que ha sido prelude de las grandes batallas como el vuelo agitado del petrel es presagio de tormenta, himno guerrero cuyo origen ha sido tema inagotable de conjeturas y leyendas.

De los muros del Louvre pende un cuadro de pequeñas dimensiones, firmado por Pils, inspirado en la versión consagrada por la fantasía y la tradición. Representa al Capitán de ingenieros de pie, en actitud teatral y entonando por vez primera el himno de guerra. Una sobrina del juez Dietrich lo acompaña en el piano, y el juez con su familia y un grupo de amigos escuchan arrobados.

A la Marsellesa, sin embargo, como a todo hijo de dudoso origen que se hace célebre, le han sobrado progenitores; y por falta de pruebas decisivas, habiéndose reservado el Rey Sabio el privilegio de su sistema para desenredar paternidades debatidas, puede cada cual seguir creyendo que Rouget de L'Isle compuso en un momento de inspiración las estrofas y la música o sólo la música o las estrofas. Una de ellas, es bien sabido, tuvo distinto autor, y fue atribuida primero al malogrado Andrés Chénier, y luego a Luis Francisco Dubois. Algo ocurrido en la ciudad de Lyon, y recogido en uno de los libros de Albert D. Vandam, vino a aclarar la duda:

Un día, en pleno terror, circuló la noticia de que un sacerdote no juramentado había sido sorprendido celebrando clandestinamente un matrimonio religioso, y se agregaba que aquella misma tarde había de juzgarlo el tribunal revolucionario.

La presencia de un sacerdote en el banco de los acusados despertaba siempre grande interés, y no se ignora lo que esto significaba: para los descamisados de la revolución, los ministros de Dios eran, digan lo que quieran, algo más que simples mortales, ángeles o demonios, pero, de cualquier modo, seres distintos. Los incontables curiosos que deseaban presenciar el juicio invadían el tribunal.

En el extremo superior de la amplia sala había una mesa oblonga, cubierta con carpeta negra, y en torno de ella se sentaban los jueces. Eran siete, y, además de la ancha faja tricolor cruzada sobre el pecho, llevaban una hacha pequeña de plata colgada del cuello.

Pocas palabras, era la consigna desde la decapitación del Rey.

Media docena de prisioneros había desfilado ante el tribunal sin que los concurrentes mostraran sentimiento ninguno en pro ni en contra. Los jueces escuchaban, luego se llevaban las manos a la frente o las extendían hacia adelante: lo uno significaba que el acusado quedaba condenado a muerte, lo otro que quedaba absuelto.

Cuando llegó su turno al sacerdote hubo profundo silencio. Aunque no era viejo, tenía el cabello blanco.

—¿Quién eres? le preguntó el presidente.

El prisionero se irguió con altivez:

—Soy el abate Pessoneaux, antiguo profesor en el Colegio de Vienne, y autor de la última estrofa de la Marsellesa, contestó impasible.

Difícil sería describir la emoción producida por tales palabras. El silencio, que era profundo, se hizo anhelante. El presidente calló como aturdido por la respuesta y con los ojos hizo a sus compañeros muda consulta. Soldados, carceleros y espectadores parecían petrificados, y las miradas de todos espiaban las manos de los jueces. Tras una pausa, lenta y solemnemente las extendieron

abiertas, y de todos aquellos pechos oprimidos por la ansiedad estallaron atronadores aplausos. El abate salió en triunfo, llevado en hombros por la multitud.

Más tarde se rectificó lo dicho por el abate Pessoneaux, cuya sola aseveración había bastado en los primeros momentos. Era verdad; cuando los marseleses que marchaban a París se detuvieron en Vienne a celebrar la fiesta de la federación, él había agregado al canto de guerra la hermosa estrofa llamada de los niños:

*Nous entrerons dans la carrière
Quand nos aînés n' y seront plus;
Nous y trouverons leur poussière
Et la trace de leurs vertus.*

La suerte de Rouget de L'Isle fue amarga. Poeta de un día, la chispa de inspiración no volvió a brillar nunca; vegetó oscuramente durante el Imperio, y la Restauración lo sorprendió olvidado y pobre, llegando al extremo de ser perseguido por sus acreedores y reducido a prisión. Entonces intervino otro poeta que llevó a esa miseria el consuelo de su riente optimismo y de su desinteresada amistad: Béranger, cuyas canciones lo habían hecho heraldo de la leyenda napoleónica, uno de los hombres más queridos del pueblo francés y precursor del segundo Imperio. Su influencia en la opinión fue tal, que algún tiempo después del golpe de estado que elevó al trono a Napoleón III, viendo un desfile de la corte decía Lamartine: es una canción de Béranger que pasa.

Rouget de L'Isle conservaba, a manera de talismán, un bello medallón suyo, de gran valor artístico, obra de David d'Angers, última reliquia de sus días de juventud y de triunfo. El cancionero, cuya escasa fortuna no le permitía ayudar a su amigo, le aconsejó que lo rifara, y para animarlo le decía: «si colocamos esos billetes podríamos refrescar pronto ese maldito guardarropa suyo que, como

todos los bienes de los pobres, se deshace, sin sentirlo. Para mí el caso no sería tan grave porque en mi familia se cuentan algunos sastres y desde pequeño me enseñaron a remendar y pegar botones. Por desgracia, usted no tuvo el privilegio de una educación así de completa».

En 1830 Béranger obtuvo del Rey Luis Felipe para el autor de la Marsellesa una pequeña pensión y la cruz de la Legión de Honor, tributo rendido al cabo de treinta y ocho años, extraña ironía, por un Rey de Francia al himno de la revolución francesa.

Remontando muy alto la corriente del tiempo, los aficionados a la antigüedad tropezarán con un pasaje conmovedor, semejante al incidente ocurrido en el tribunal de Lyon.

Fue durante el saco e incendio de Corinto, siglo y medio antes de la Era Cristiana, orgía de sangre y de llamas perpetuada por el pincel de Robert-Fleury. Como rebaño perseguido, los habitantes de aquella ciudad llamada por Cicerón la pupila de Grecia, huyeron sin rumbo, enloquecidos; sobre los que no pudieron escapar se cebaron las legiones triunfantes. Los hombres eran entregados al degüello, las mujeres y los niños, vendidos para esclavos; joyas inapreciables del arte helénico en su mejor época rodaban mutiladas por el suelo o eran embarcadas en las galeras que debían conducir las a Roma; palacios ardiendo iluminaban escenas sólo comparables al fin de las ciudades malditas y a las que debían sucederse dos siglos más tarde en Pompeya; por el centro de las calles corría un hilo de metales derretidos, líquidos, en esa mezcla confusa que luégo se llamó bronce de Corinto: eran estatuas de dioses y héroes en oro, en plata, en cobre, fundidas al calor de aquella fragua de cíclopes.

Ante el Cónsul romano, Publio Mummio, pasaban bandadas de gentes que esperaban el fallo invariable, la des-

honra o la muerte. El endurecido guerrero cotizaba muy bajo la vida humana. Un grupo de niños atrajo su mirada. Por sus facciones y su traje comprendió que descendían de la más pura casta y les hizo señal para que se acercaran. Quería averiguar cómo educaban los griegos a sus hijos para formar de ellos los hombres que despertaban, por su refinamiento y su valor, la admiración y envidia de los romanos.

—Escribeme unos versos, dijo a uno de ellos. El niño se acercó, tomó el punzón y lo hizo correr con pulso firme sobre la tableta revestida de cera. El Cónsul impaciente le arrebató la tableta y leyó: «Una y mil veces felices los griegos que cayeron en los vastos campos de Troya. . .». El Cónsul perdonó al niño y a sus padres: era aquella la noble invocación que Homero pone en labios de Ulises. Las primeras palabras que los griegos enseñaban a sus hijos eran los versos de la Odisea; el primer amor era el amor a la patria; el primer deseo, morir como los semidioses.

ALFREDO RAMOS URDANETA.

JARDINES DE PARIS

LOS niños, en cuya psicología el color verde ejerce una acción optimista preciosa, adoran los jardines.

Los viejos los aman también porque en ellos se puede disfrutar sabrosamente del sol y caminar despacio. Los enamorados, asimismo, buscan los jardines en cuya umbría hallarán un banco solitario al beso propicio, y donde el alma ingrata de las fuentes, mezclándose a la expresión reposada de los árboles—de los árboles que nacen y mueren en un sitio,—llena a la vez el alma con las melancolías imprecisas de lo que se va y de lo inmóvil.

—Yo soy el árbol, yo espero—sueña la mujer.

Y el hombre:

—Fuente andariega: mi sino es el tuyo: andar. . . .

Y así, Ella y El, mientras se oprimen las manos, suspiran. ¡Angustia extraña y dulce! Bien, y de buena gana se echarían a llorar; y es porque Ella sabe que fatalmente ha de quedarse y El adivina que a la larga fatalmente ha de irse.

La infancia, que no lucha aún con la vida; la vejez fatigada que cesó de pelear: los amantes, a quienes su pasión aísla y divorcia de todo, buscan el silencio de los jardines y de los parques; porque esos rincones verdes son la indulgencia, el descanso, la salud, el asueto; perdidos en la complicada red de las calles, son como notas dispersas de la eternal sinfonía de los campos; como rellanos donde nos hubiésemos detenido a recobrarlos de una ascensión demasiado dura.

Merece señalarse la apretada vinculación de cada parque o jardín con el carácter del barrio que lo circunda: diríase que en los jardines de los arrabales pobres el plantaje es menos cuidado y la hierba crece más, como en aquellos distritos ricos y proceros todo es armónico, y hasta los árboles adquieren líneas especiales de elegancia.

En París, donde las distancias son enormes, es muy fácil marcar las diferencias no ya materiales, que éstas se hallan al alcance de cualquier aparato fotográfico, sino morales, que distinguen un jardín de otro. ¡Es notable! Cada uno de ellos posee un gesto privativo, un espíritu, un magnetismo, una conversación. ¡Una conversación, sí! Los *squares* de Montmartre no conocen la corrección burguesa de sus hermanos los silenciosos *squares* de Passy: el bosque de Boulogne no alcanza la fuerza epopéyica de las selvas históricas de Saint-Germain; el jardinillo tendido como un limpiabarros ante las gradas de las igle-

sias de la Trinidad, ignora la melancolía, el recogimiento conventual de los castaños que crecen al pie de la torre Saint-Jacques; el francés que hablan las Buttes de Chaumont y Montsouris escandalizaría a los álamos del Trocadero. Las Tullerías son la infancia; los Campos Elíseos, la aristocracia; Vincennes, la clase media; el Luxemburgo, el Barrio Latino, la Universidad, la juventud estudiosa y loca a la vez. . . .

El jardín por antonomasia noble de París es el parque Monceau. Al entrar en él, de verle tan pulcro, tan ordenado, tan coquetón, tan limpio, nos felicitamos de llevar puestas nuestras botas de charol.

«De raza le viene al galgo el ser rabilargo», enseña un adagio que andaba por España mucho antes de que Darwin fijase las leyes de la herencia; y viene ello a propósito del parque Monceau, en el cual la encumbra-da alcurnia de sus primitivos dueños parece haber grabado trazos de perdurable distinción.

A fines del siglo XVII Monceau era un villorrio dependiente de la parroquia de Clichy. El opulento hacendado Grimod de la Regnière adquirió la señoría de Monceau, y después de gastar sumas cuantiosas en embellecerlo, lo vendió al famoso Roberto de Orleans, duque de Chartres. Libertino y manirroto, gran devoto de las mujeres, de la música y de la danza, regocijado, epicúreo, comilón, noctámbulo, *gran señor*, en fin, Roberto de Orleans dispuso construir un palacio y encargó a Carmon- tel el trazado de unos jardines que pronto fueron conocidos en París con el remoquete de «la locura de Chartres». Monceau fue un remedo, una parodia modesta pero afortunada del célebre parque de los Ciervos, de Versalles. Carmontel demostró que su buen gusto y sus conocimientos en el arte de la jardinería eran muy superiores a su prestigio y renombre, con ser éstos muy grandes. Más que el palacio rendía la admiración del visitan-

te el jardín; había reunido allí un templo de estilo griego del cual se mantienen en pie todavía algunas columnas; baños de mármol, obeliscos, grutas saturnales, escondrijos numerosos dispuestos como para en ellos revivir el idilio de Dafnis y Cloe; y finalmente, un kiosco solitario, al que acudían de noche y por una puertecilla excusada, «las grandes impuras de la capital», según las palabras de un indulgente cronista de la época.

Aquella lejana grandeza y otras no menos ilustres que vinieron después, dejaron en Monceau una indefinible fragancia de elegancia y de paganía. Monceau es alegre y correcto; tiene la aristocracia de un vestido de baile o de un traje de frac. Castaños frondosos, acacias llenas de murmullos suaves, laureles de severo color, cruzan sus ramas sobre los caminares de arena fina y rubia. Hay rincones leñeros para los enamorados y *pelouses* verdes como esmeraldas y llenas de sol para los niños, y lugares poco frecuentados donde la ancianidad se divierte en dar de comer a los gorriones. Hay estatuas de bronce y Venus de mármol; hay estanques tan transparentes, tan limpidos, que en su cristal vemos pasar las nubes, y arroyuelos sembrados de nenúfares, bellos y lánguidos como vírgenes enfermas; hay troncos muertos, troncos que secó la hiedra y siguen cubiertos de hiedra, y que traen al espíritu el miedo a las grandes pasiones; hay sobre los herbazales húmedos y verdes, cuidadosamente podados, centenares de palomas blancas que se arrullan lascivas y ladean la cabeza para clavar en el paseante sus ojos rosados. . . . Es el maridaje feliz de la Naturaleza con el Arte. Siguiendo deliciosos senderos nos hemos acercado a los monumentos de Ambrosio Thomas y de Gounod, colocados como adrede, por ser músicos, junto a la incopiable melodía de una fuente; y hemos examinado con una mirada llena de recuerdos literarios la cabeza militar de Guy de Maupassant y dedicado unos instantes de contempla-

ción admirativa al mármol genial que Froment-Meurice dedicó a la inspiración de Chopin. ¡Oh, la admirable escultura! Las manos del autor de *Marcha Fúnebre* se apoyan nerviosamente sobre las teclas de un piano; una mujer descalza, sentada en el suelo, le escucha y rememora algo llevándose una mano a la frente; al fondo, en un bajorrelieve, la musa de la Inspiración y de la Melancolía, la que dictó aquellas viejas mazurcas que nuestros padres bailaron, pasa entre nubes ofreciéndole una flor al artista. . . .

En el parque Monceau todo es selección, *élite*: Monceau es Hervieu, es Lavedán, es Donnay. . . .

Los jardines magníficos del Luxemburgo presentan una fisonomía muy distinta; el Luxemburgo, lleno de luz, grande y un tanto desproporcionado como el zagalón que ha crecido demasiado aprisa, es el paseo predilecto de los estudiantes y de las obrerillas de *faubourg*; el Luxemburgo, en cuyos bancos siempre hay alguien con un libro abierto, es Mürguer. . . .

La fundación de este parque, uno de los más bellos de París, remonta a la dieciseisava centuria, y pasó a ser propiedad de María de Médicis en 1612, poco después del fallecimiento de Enrique IV, el rey galán. La madre de Luis XIII dedicó mucho tiempo y dinero a embellecerlo, y Rubens fue uno de los grandes pintores llamados para adornar las galerías del palacio. Al marchar al destierro aquella gran reina hizo espléndida donación del Luxemburgo a Gastón de Orleans. Una leyenda ininterrumpida de amorosas aventuras va ligada a este nombre glorioso. Por allí pasaron una Montpensier, Elisabeth de Guisa, Luis XIV, la duquesita de Berry, quien, según el ironista Duclós, «para bajar de noche al jardín con una libertad más necesitada de cómplices que de testigos, ordenó tapiar todas las puertas menos la principal».

Más adelante Jacobo Desbrosses ensanchó y aclaró el parque derribando irrespetuoso los árboles plantados por las mismas augustas manos de María de Médicis, y un conde, ávido de notoriedad, lo declaró «del dominio público». La revolución convirtió el palacio en cárcel, y de allí salieron camino de la guillotina Danton, Desmoulins, Lacroix, etc. Después, el Directorio se estableció en él y le restituyó su esplendor primitivo. Finalmente, volvió a ser patrimonio del vulgo.

Hoy, en ese trozo de tierra por donde pasaron hacia una cita tántos pies nerviosos de mujer, la imaginación advierte como un cansancio; ese cansancio que dejan tras sí las fiestas ruidosas. En las alamedas largas, espaciosas, bien soleadas del célebre jardín, impera el silencio. Cantos de pájaros, pocos niños, y a intervalos, una pareja de amantes, o un joven de melena encrespada que fuma una pipa y lleva un libro debajo del brazo.

El parque denominado Buttes de Chaumont es más accidentado; sus lagos de orillas irregulares, sus oteros poblados de maleza, le dan aspecto salvaje. El público que a él concurre, vecinos de Menilmontant, es vulgo de pequeños burgueses y de obreros; rostros sanguíneos, trajes baratos, zapatos de recias zuelas, mujeres de apariencia honesta, esposos que caminan empujando un cochecito donde duerme un muchacho. . . .

En Buttes de Chaumont como en Montsouris, así llamado por los muchos ratones que hubo allí en otro tiempo, se pueden arrojar papeles al suelo sin temor a que los guardias regañen; la chiquillería preparará a los árboles, las esposas se quedarán en enaguas para dormir la siesta, sobre la hierba, después de almorzar, y los maridos tendrán derecho a descalzarse y ponerse en mangas de camisa. Las Buttes de Chaumont son cordiales y castas: son la familia. . . .

Nada predispone tanto al amor, o lo que es igual, nada inclina tanto nuestro ánimo al bien, a la alegría, a la generosidad como la Naturaleza: un árbol, una fuente, un pájaro que cante sin ser visto.

Lector hermano: procura siempre que la primera cita que des a una mujer sea en un jardín.

EDUARDO ZAMACOIS.

EN LO MAS ALTO

¡EN vano han corrido los años sobre estos recuerdos! No bien empieza a caer sobre ellos el tenuísimo polvo del olvido cuando ya es barrido por una como brisa cálida que sopla del propio corazón y deja la visión del pasado tan fresca y tan viva como cosa real, apenas a unos pasos de los ojos que miran hacia adentro.

Eran aquéllos para nosotros los pequeñuelos unos días felices. Reuníanse en nuestra casa varias familias amigas para pasar en compañía las lóbregas y miedosas noches de la guerra, en que los soldados no dormían y rondaban en patrullas, algo borrachos y gritando el ¡alto, quién vive! en las bocacalles. Había, por lo tanto, un corro de niños a quienes se nos concedía un par de horas para que nos entretuviésemos en el corredor, con prohibición de hacer bulla, pues las señoras habían de rezar en calma el santo trisagio. Después del rezo comentaban muy de paso noticias de triunfos que habían obtenido los nueé-
tros en lejanos lugares de la República.

Jugar sin dar gritos es un imposible para los niños, pero por fortuna para nosotros, Martona, la criada de

mis tías, tenía un hijo que sabía contar cuentos, y nos contaba tantos cuanto tiempo le mantuviésemos fumando. Llamábase Aquilino y era un mozo ya con el caprino almizcle de los hombres de su raza, ancho de hombros, de pálida piel, crespos cabellos y hermosísimos dientes. Martona le tenía escondido en nuestra casa, y si los soldados de la guarnición le hubiesen visto, le habrían echado el guante al momento; pero él quería irse a hacer la guerra y nos prometía siempre que en cuanto hubiese ocasión probaría en campos de sangre el coraje de que se sentía dueño. Pues bien: Aquilino, en un rincón del corredor, a media voz y entre repetidas bocanadas de humo, nos contaba en aquellas noches las entretenidas aventuras de todos los héroes de la imaginación popular.

Pero no fue cosa de muchos días. Aquilino desapareció súbitamente de la casa y para salirse con sus deseos murió bien pronto como un bravo; ahora sabréis cómo.

Una guerrilla formada en los campos vecinos al lugar había resuelto atacar la guarnición, y una mañana rodeó el pueblo. Componíanse los legitimistas de unos cincuenta hombres, que durante largas noches habían esperado el lance y al fin habían terminado por creer que no llegaría nunca. Estaban confiados. Los asaltantes eran menos y carecían de armas de fuego, pero los comandaba un hombre que.... ¡Dios haya perdonado al bravo Capitán Hilarión!

Era esa hora en que la sombra de la noche parece que se condensa para resistir la invasión luminosa del alba. Las calles aparecían mal alumbradas por linternas que los vecinos colgaban dentro del enrejado de sus ventanas y que ya por la madrugada languidecían sin combustible. A favor de la sombra los asaltantes se escurrían a lo largo de las aceras, descalzos y sin ruido, como felinos. Las avanzadas no habían sido alarmadas y el cen-

tinela, casi dormido sobre el rifle, esperaba que dieran las cuatro para el relevo; tantas veces había temido el asalto, que ya no creía en él. Cuando sintió un ligero roce junto a la pared y se echó el rifle al pecho, al tiempo de mirar vio alzarse junto a sí una sombra siniestra y le corrió un baño helado por el cuerpo. . . .

Quiso dar un grito y no pudo; antes se desplomó con pesado ruido .

Los soldados que estaban de guardia tuvieron tiempo de coger los rifles y empezaron a disparar sin fijeza hacia la plaza oscura, donde creían ver moverse sombras amenazantes. Hilarión se encontró con su gente atemorizada por aquella repentina descarga y les ordenó el avance rugiendo de ira. Avanzaron. Una mano valerosa logró, entre la lluvia de balas que vomitaban las ventanas del cuartel, quitar al cadáver del centinela el rifle y la cartuchera. Hubo un momento de indecisión y de tregua. La guarnición se había dado cuenta de su apurada situación y parecía resuelta a venderse caro; algunos, empujados por un valor irreflexivo, querían salir; otros trataban de huir del estrecho sitio, saltando las paredes del patio.

Los guerrilleros no habían podido invadir el cuartel en el calor del primer ataque, y habían reulado a guarecerse tras de las esquinas, donde con voces destempladas se reprochaban la falta de empuje, que les impidió aprovechar las ventajas de la sorpresa.

—Es menester cerrar los ojos y entrar, se decían.

—¡Pero ya, antes que sea de día y puedan apuntar mejor!

Se santiguaban brevemente y avanzaban rápidos, llevando hacia atrás el brazo en que relucía el arma cortante. Las ventanas y balcones del cuartel centellaban en una explosión de simultáneos disparos, dos o tres caían y los demás corrían a librarse de la muerte.

—¡Malditos, gritaban, malditos!

Amanecía. Las nubes de oriente comenzaban a mostrar fimbrias de oro y de naranja; los hombres y las cosas tomaban forma en las calles estrechas, y las casas, las casas cerradas, parecían mudas de terror. Hilarión, con los ojos extraviados de furor, juraba y renegaba en medio de su puñado de hombres. Sus hombres eran bravos; bastaba mirarlos para apreciar qué clase de corazones latían bajo aquellos pechos; pero sólo tenían machetes, y los contrarios, atrincherados, no los dejarían arriar sin diezmarlos con sus armas de fuego. Y lo peor era que aquella situación no podía sostenerse más allá del medio día; después de esa hora se corría el peligro de la llegada de tropas de auxilio que los legitimistas enviarían de la cabecera de la Providcia.

La plazuela abría siniestramente su rectángulo de grama verde, donde en días mejores los niños formaban el corro de sus juegos, y donde ahora se desangraban varios cadáveres, marcando con su tranquilidad inerte los esfuerzos infructuosos de los asaltantes. Aquel espacio, destinado en la paz a los festivales aldeanos, era ahora el reducto de la muerte, y por extraño capricho lo cerraban de un lado las escuelas abandonadas, de otro la casa de Dios, cuya blancura y silencio parecían abominar de los hombres. Bañada en sol mañanero la torre antigua y pesada, diríase que sus claraboyas eran como ojos abiertos con supremo estupor al ver que las horas corrían sin que se diese traza de tocar los bronce para llamar a misa...

Repentinamente un disparo sonó en la torre, y entre los hombres que estaban en los balcones fusilando a mansalva hizo presa el más hondo terror. ¡Estaban perdidos, el alto campanario dominaba no sólo el cuartel sino el poblado! Un segundo disparo se dejó oír y otro hombre rodó de las ventanas. Voces de angustia, carreras. Los que esperaban en las bocacalles aparecieron entusiasmados y nadie puso obstáculo a su marcha sobre el cuar-

tel. Los machetes desenvainados trazaban relámpagos al sol, y los rostros fieros, mojados de sudor, se contraían amenazantes. El primer grupo que se abocó á la puerta dobló las rodillas, entre el humo de la última descarga de ochó o diez de los sitiados, que no pensaban en ceder. Los que venían atrás no retrocedieron, pasaron sobre los caídos y entraron. Cuerpo a cuerpo y al arma blanca. La sangre anegaba el suelo y destilaba por las anchas heridas; caían los cuerpos entre maldiciones y lamentos. Los que estaban en los altos del edificio se lanzaban a la fuga por los tejados, y el cazador que estaba en la torre los mataba lentamente, sin afanarse, perverso. Por los canalones corrían hilos de sangre, y los míseros que buscaban su salvación allí mismo quedaban quietos, quietos para siempre.

Todo había terminado. Los guerrilleros, triunfantes, paseaban con orgullo espantable su repugnante embriaguez de sangre. Una muchedumbre de curiosos salía a ver los despojos de la jornada y se hacía círculos en torno de los cadáveres para examinarlos a su sabor, con inhumana delectación. Se comentaban los actos de valor, las atrocidades. Todo lo había conseguido el hombre que subió a la torre, él solo había logrado quitar a los sitiados las posiciones ventajosas de sus ventanas y balcones amurallados, de donde no dejaban con vida al que se aventuraba por la plazuela. ¿Qué se había hecho el valiente? ¿Por qué no estaba allí para recompensarlo con abrazos?

Entraron a la iglesia y buscaron las escaleras de la torre; de peldaño en peldaño bajaba goteando un arroyo de sangre; en algunos colgaba coagulada y negra. Subieron llamando:

—Eh, compañero, ¿estás herido?

¡Y qué iba a responder! El rifle entre las piernas y en torno un guero de cápsulas vacías, allí estaba el hom-

bre en lo más alto, casi en cuclillas en el nicho de una campana y con la cabeza caída sobre el hombro. Lo bajaron de aquel extraño y elevado lecho de muerte y fue un descenso penoso y trágico por las escaleras angostas que crugían como próximas a romperse. Lo dejaron tendido sobre una banca de la iglesia con un brazo colgando hasta el suelo.

Allí vi por última vez al pobre Aquilino, y cómo se me grabó para siempre la cara del mulato con los dientes asomados y secos y un ojo en caverna, echado afuera por un balazo!

LUIS TABLANCA.

REVISTA POLITICA

SI a la hora en que estamos una nueva Madame D'Aulnoy visitase nuestro país, de seguro hallaría amplio campo de observación y tema para escribir un libro de impresiones tan originales como el que la viajera francesa escribió con motivo de su permanencia en España en 1679.

La curiosa observadora descubriría que en la Colombia de hoy, como en la España del siglo XVII, la nota dominante del carácter nacional es la falta de sentido práctico, el desmedido interés que prestamos a las cosas de la política, la carencia de noción en las proporciones del elogio o la censura. La causa de la decadencia del imperio español y del letargo de nuestra voluntad, como nación, deben buscarse en la estructura íntima de las almas que a cada país impone su buena o mala fortuna, y lo destina al desastre o al triunfo.

En un encuentro de armas fronterizo con fuerzas extranjeras, las tropas colombianas son vencidas. Su jefe, por una u otra causa, se deja arrebatar el pabellón nacional, que luego es pisoteado y escarnecido en Iquitos. A su regreso a la capital encuentra, quizás con estupor, que los pueblos le han designado una curul en una Asamblea departamental primero, y después en la Representación nacional. El Congreso, por ley especial, le vota una espada de honor. ¿Qué más se habría hecho si nuestro compatriota, en vez de vencido y humillado, hubiese regresado portador de la bandera peruana y del laurel del triunfo?

Celebra el Gobierno un contrato con una Compañía inglesa para la construcción del Ferrocarril de Girardot. A vuelta de corto tiempo corresponden a la Nación toda clase de erogaciones y responsabilidades. Ningunas a la Compañía, que no lleva cuentas y que usufructúa los productos de la Empresa; no obstante aparecer que el Gobierno ha aportado un capital de ocho millones de pesos oro. En vano la Ley 115 de 1913 ordenó promover las acciones conducentes para hacer efectivos los créditos que el Gobierno posee contra la *Colombian National Railway Company Limited* y cualesquiera otras acciones conducentes a obtener el remate y adjudicación de la Empresa a la Nación. Nos hallamos a las postrimerías de 1915, y en dos años el Gobierno ha sido impotente para desenredar la madeja hábilmente enlazada por un prestamista de la City. ¿Únicamente por él?... Y entretanto los agentes del Gobierno pasean su *spleen* por entre la niebla de Londres, o toman baños de mar, en la *season*, en las playas de Brighton.

Estalla la guerra europea—cómodo almohadón en donde han encontrado reposo todas las inercias y todas las impericias.—Por vía de economías se suprimen dos le-

gaciones en el extranjero. Muy próximo debe haber visto el Gobierno el fin del flagelo universal, cuando las crea de nuevo con el fin especial—en una de ellas—de que nuestro representante estudie en los archivos de Madrid y Sevilla nuestro derecho a ciertas líneas fronterizas. . . .

También el Congreso piensa en hacer economías; y para empezar, pierde el Senado sesenta días de sesiones que al país cuestan siete millones de pesos, en la discusión de si deben o no ocupar asiento en su seno cuatro respetables caballeros cuyas luces quizás no valen lo que su presencia en la Cámara Alta cuesta al Tesoro nacional. Pero nadie tenía esto en cuenta. Se trataba de que triunfasen los titulados disidentes y de que rabiase don Marco Fidel Suárez, jefe de los directoristas. Lo más extraordinario de esta discusión, digna de una asamblea de frailes intonsos en un convento medioeval de Bizancio, fue que ella terminó por donde debiera haber empezado: o sea resolver que los *espurios* ocupasen sus curules hasta tanto que sobre la legalidad de sus credenciales dictaminara el Consejo de Estado.

Pierde Colombia, merced a la traición, una importante parte de su territorio. Ni siquiera el honor nacional quedó a salvo, pues en el nefando 3 de noviembre no se vertió una sola gota de sangre colombiana, que en el escudo de la república de Panamá habría quedado estampada como la imborrable espuma de una saliva. Algunos espíritus solitarios insinuaron tímidamente entonces que quizás Colombia debía aspirar a recibir una indemnización de los Estados Unidos, por la parte que ese país tomó en la separación del Istmo. Esos tales fueron declarados traidores. Sus casas corrieron peligro de ser apedreadas por las turbas. No! Colombia debía proceder como aquel famoso duque de Arcos, que viendo que los Braganzas frustraban sus aspiraciones a la corona de Portugal, rehusó

rendir homenaje por causa de las tierras que poseía en ese reino y perdía 40.000 escudos de renta más los arriendos atrasados que sus inquilinos se esforzaban por pagarle. Luégo, sin causa aparente, la opinión pública cambió. Se aceptó y se quiso una indemnización, y ella se fijó en la suma de veinticinco millones de pesos oro.

Pero como para castigar nuestra veleidad, quiere la suerte que la visión de ese tesoro se aleje en los precisos momentos en que nuestras manos se extienden hacia él con avidez mayor. Quizás mejor sea que para siempre desaparezca. Así nos veremos forzados a no esperar en otra ayuda que la que encontremos en nuestras propias energías.

¡Ah! Si la nueva Madame D'Aulnoy nos hiciese una visita, claro veríamos en el libro que escribiese que nuestro atraso se debe a nuestro orgullo, a nuestros errores, a nuestro olvido del pasado; y a nuestra improvidencia la aguda crisis fiscal que acabará por devorar el país si no se emplean hombres nuevos y nuevos procedimientos.

* * *

El señor Presidente ha dado una muestra de deferencia para con la opinión pública y ha reorganizado su ministerio.

Los nombres del señor Mendoza Pérez—eminente colaborador de REVISTA MODERNA—del General Herrera y del señor Vélez al frente de las carteras de Hacienda, de Agricultura y Comercio y de Obras Públicas, para no hablar sino de los ministerios en los que se ha efectuado un cambio, son para el país garantía de acierto y de probada competencia.

Confiamos en que el señor Presidente, inspirado en las graves necesidades del momento, proveerá con igual tino las carteras de Guerra y del Tesoro, hasta hoy vacantes.

LA DIRECCIÓN.

Octubre de 1915.

EL CORSARIO DE GOA

RESUMEN DE LOS CAPÍTULOS PUBLICADOS

El Capitán Ashman cuenta cómo, en una de sus expediciones polares, descubrió un viejo galeón que desde hacía dos siglos se hallaba aprisionado entre los hielos. Habiendo entrado al barco halló un cadáver que sujetaba todavía la barra del timón, y en la cámara del patrón el libro de a bordo: era la *Barroca*, buque corsario. En las amarillentas páginas del libro, el capitán pirata consignaba sus diarias aventuras; fantástico relato de asaltos y abordajes. En uno de éstos toma prisionero al viejo Jacobus Wovermann, comandante del *Chatam*, que regresaba de la India cargado de tesoros.

II

2 de agosto.—El tiempo ha sido magnífico y favorables los vientos. Pero ha ocurrido esta noche algo extraordinario que me ha producido desazón y que quiero relatar.

No sé si he dicho que Wovermann dormía en mi camarote.

Ayer noche nos dormimos casi a la misma hora. A las dos de la mañana desperté. Alumbraba la lámpara y me levanté para apagarla. Casualmente miré del lado del holandés, quien dormía a pierna suelta. A causa del calor, probablemente, había desabotonado la camisa: en su cuello vi algo como una cosa oscura. Sin comprender lo que aquello fuese, me incliné para verlo mejor. Era una bolsa de cuero crudo que una cadenilla de fierro sujetaba al cuello.

El diablo me tentó, y alargué la mano para palpar y adivinar, al través del cuero, lo que podía ocultar la enigmática bolsa.

Convencido quedé, al primer tanteo, de no equivocarme: lo que removía entre mis dedos eran piedras preciosas!...

Retrocedí con presteza, apagué la lámpara y conteniendo la respiración, me acosté de nuevo. Jacobus se movía como si fuese a despertar. Con lengua pastosa pronunciaba palabras en holandés. Me esforcé por comprender: hablaba de diamantes, de fabulosa riqueza y en la pesadilla luchaba contra un imaginario raptor que quería despojarlo.

¿Era verdad, entonces?... ¡Sí, lo que Wovermann colgaba del cuello eran diamantes de inestimable valor! A pesar de mis esfuerzos no pude conciliar el sueño. Al despuntar el alba, y para no ver al holandés, subí al puente.

Durante el día me sentí agitado por una fiebre mala: a pesar de mis esfuerzos, no pude apartar el pensamiento de los malditos diamantes.

El equipaje estaba de juerga: el barco había tropezado con un banco de pescado parecido al salmón del Guadalquivir, pero más corpulento, sin embargo. Mis marineros habían cogido varias docenas y reservado el más hermoso para mi mesa.

Como supiese que cuando aderezado con especias, buen aceite y vino moscatel, constituía un delicado manjar, dije a mi holandés, que paseaba a lo largo del puente:

—Señor Wovermann, esta noche habrá cena apetitosa.

Accedió con un signo de cabeza y me dio las gracias con la mayor cortesanía.

—Vamos, vamos, señor Wovermann; para humedecer el salmonete beberemos una botella de mi vino de Canarias.... talvez dos....

Caída la noche, comimos en mi cámara, no obstante que Wovermann quería que se nos sirviese en el puente, a fin de gozar del tiempo, que era soberbio, y de la noche, que era azul y magnífica. Fui inexorable. Guiñando-

le el ojo, como se hace entre capitanes, le di a entender que no era conveniente que mis hombres presenciasen nuestra pequeña orgía. Condescendió con su gravedad habitual y me prodigó mil atenciones antes de resolverse a bajar primero la escalera.

Ambos teníamos buen apetito. Los platos eran copiosos y suculentos. Merced a mi vino de Canarias la alegría tomó asiento a nuestro lado. Y nos contámos historias de aquellas que sólo saben las gentes de mar.

Mi compañero había navegado en muchos mares que yo no conocía, especialmente en los del norte. Me narraba los peligros que corrían los buques en aquellos mares congelados cuando soplaban los vientos invernales y se habían dejado atrás las costas septentrionales de Inglaterra: el peligro no estaba tan sólo en las corrientes sino que también en las masas de hielo, grandes como montañas, que vogan a la ventura y que pueden aplastarnos. Como le dijese que no gustaría de recorrer el mar en tales parajes, Wovermann, con entusiasmo que no le conocía, me aseguró que nada existía tan hermoso como aquellos bloques de hielo que formaban algo como otro mundo de inmaculada blancura... En él se veían castillos, templos, árboles gigantescos; de pronto todo cambiaba y se disolvía. Ahora eran animales, rocas soberbias, navíos colosales. De noche todo parecía esculpido en zafiros; de día, a los rayos del sol, en diamantes....

El hablaba, hablaba, pero en verdad yo no lo oía. Pensaba en que ahí, al alcance de mi mano, había una fortuna magnífica; para conseguirla, qué poco por hacer... Abrir una chaqueta, desgarrar una camisa, tomar una bolsa y ser rico, rico para siempre!

Por momentos creía ver que los diamantes brillaban con brillo diabólico. Sí, a través de la tela y del cuero yo los veía, y contaba sus facetas!

Sin embargo, la idea no me había venido de matar al holandés: quería solamente apoderarme de sus diamantes.

¡Bah!... era un hombre muy zorro, que sabía muchas cosas. Ya encontraría manera de reponerlos!

A fin de aturdirme, bebí un vaso de vino, hice que el holandés me imitara y prorrumpí en una canción que solía cantar cuando era marinero y pescaba en mi chalupa.

Diez minutos después Wovermann estaba borracho, cantaba a plenos pulmones y hacía tal algazara, que el contramaestre vino, creyendo que reñíamos. Le ordené retirarse a su puesto, que era a la proa, y de cerrar las escotillas. Obedeció jurando.

El holandés ni siquiera advirtió su entrada. Descorché otra botella y me miró con ojos humedecidos. Me dijo entonces que yo era su único amigo sobre la tierra, y me suplicó aceptase una misión.

—Todos somos mortales, Guillermo, me dijo entre suspiros, y si llegase a morir sin hacerlo confidente de mi secreto, mis hijas queridas nada recibirían de mi fortuna, y ese pensamiento me desespera. Pero antes de continuar, le ruego jurar sobre la santa cruz que si muero irá usted a Dordrecht y entregará mi tesoro a mis hijas. Usted no tiene sino preguntar en el puerto por las niñas Wovermann, las hijas del capitán; cualquiera le indicará la casa. Verá cómo son hermosas y cómo llorarán a su viejo Jacobo.

Su voz temblaba, y lágrimas, verdaderas lágrimas, resbalaban por sus mejillas.

—Ahora, dijo extendiendo un viejo crucifijo en madera que estaba colgado sobre mi catre, jure sobre esta imagen.

El diablo me tentó. Sí, lo juré sobre la santa cruz!

Al oír mi juramento, pareció tranquilizarse. Colgó el crucifijo en su lugar, y acercó al mío su escabel.

—Voy a mostrarle mi tesoro, dijo en voz baja.

Al oír tales palabras me acometió un escalofrío. Ocul-té los brazos bajo la mesa para que el holandés no viese que temblaba.

Llevó las manos al cuello, desabrochó la veste y la camisa y pasó por sobre la cabeza la cadenilla que sujetaba la bolsa. La abrió y derramó los diamantes sobre la mesa.

Aquello fue algo deslumbrante.

Doce diamantes conté, de los cuales el menor hubiera pagado el rescate de un rey. Imposible calcular lo que esa docena de piedras podría valer en oro. ¡Ah! si él me hubiera enseñado diamantes como los que los joyeros venden en Goa, en nada malo hubiera pensado. Pero aquellas piedras magníficas lanzaban más destellos que todas las estrellas reunidas: era de volverse loco.

Wovermann distinguía unas de otras, las acariciaba y les hablaba.

—Tú serás de propiedad de Rebeca.... Tú seducirás al príncipe que se casará con Wilhelmina....

¡Ah, si se supiesen los terribles pensamientos que esos brillantes guijarros pueden inspirar a un cristiano!

Después de un instante, continuó:

—Usted, camarada, parece asombrado de ver tan hermosas piedras en manos de un pobre como yo. Le diré de qué manera vinieron a mi poder.

Me contó entonces que en su último viaje a la India, enrolado en una caravana, había penetrado hasta el reino de Mysora. Un sacerdote de aquella tribu de paganos recogía oro de Europa: rixdales, piastras, doblones, con el fin de huir hacia el mar con una mujer consagrada a las divinidades; el sacerdote no vaciló en despojar a los ídolos, de que era guardián, de sus valiosas joyas. Fue así como, si mal no lo recuerdo, el holandés obtuvo el puñado de diamantes.

Un hilo de razón se filtró en mi cerebro. Con voz temblorosa le dije:

—¡Guarde esas piedras, Wovermann! ¡Por Dios, guárdelas usted!

Me miró. En ese penoso momento tuvo la intención de lo que iba a suceder, pues con rápido gesto de avaro reunió las piedras y quiso guardarlas en la bolsa.

¡Guardarlas!... ¿Es decir, que jamás volvería yo a verlas?... ¿Es decir, que desaparecerían para siempre?... Mi determinación fue rápida como el relámpago. Tomé de la mesa un cuchillo y me arrojé sobre el holandés. Desconcertado por lo brusco de mi ataque soltó las piedras. Como bolas de luz rodaron sobre la mesa.

Yo estaba ebrio. Mi primer golpe fue mal acertado. Le planté el cuchillo en pleno pecho, pero sólo lo herí y le di tiempo para empuñar su daga y clavármela en la espalda. Sentí agudo dolor. La vista de los diamantes redobló mis fuerzas y mi cólera. Con la mano izquierda sujeté el puño armado de mi adversario, en tanto que con mi cuchillo le busqué el corazón. Quiso hablar, articular una palabra, pero la sangre lo ahogaba. Sus ojos se clavaron en los míos con expresión que no olvidaré jamás: tan terribles eran aquellos ojos de moribundo, y tantas cosas decían!...

Cuando se desplomó sobre el piso, bien muerto, el cuchillo cayó de mi mano y yo quedé ahí, embrutecido, contemplando el cadáver. Durante la lucha la mesa se había volteado y los diamantes habían caído: y brillaban aquí y allá con resplandores de cirios, de esos cirios que se ponen en torno de los muertos, para velarlos!...

III

¿Por cuánto tiempo permanecí absorto ante mi víctima? Imposible decirlo. Al fin una cabezada del barco me hizo perder equilibrio, y recuperé el conocimiento. Alcé la mesa, que aparecía volcada, y recogí los diamantes; todos, salvo uno que había rodado bajo de la banquetá. Bien sabía que lo encontraría, pues que nadie había de penetrar en la cámara.

¡Era dueño de los diamantes! Los puse en el bolsillo de la veste y los cubrí con la mano. ¡Míos eran los diamantes!... Me sentí feliz y no pensé en nada más.

Como mis ojos tropezasen con el cadáver de Wovermann, la idea me vino de que, sin que mis hombres se percatasen, preciso era arrojar al agua el inoportuno cuerpo del holandés. Cerré la puerta del camarote y subí al puente.

La noche, espléndida y azul, aparecía constelada de astros. Un buen viento hinchaba las velas y hacía avanzar con rapidez el galeón.

Entre dientes canté canciones absurdas: hubiera querido gritar que yo era rico como el rey; que podía poseerlo todo, lo que se vende y lo que se compra. Sentía el pecho, en fin, henchido de alegría.

Vi en el timón a Martínez, un viejo de la Coruña que tartamudeaba, pero que era buen marino. Fui a su lado, lo saludé, y charlamos acerca del rumbo que seguía el barco.

Le hice una pregunta y el timonel me respondió. Ciertamente que me respondió; pero esa respuesta no la oí, pues de pronto un murmurio espeluznante me hizo perder noción de cuanto me rodeaba. ¿Acaso estaba loco?... ¡Vamos, eso no! Pero ese ruido... No era el golpear del agua contra los flancos del buque ni tampoco el rumor

del viento en las bolinas. Ese ruido revelador venía del camarote, de la cámara en donde yacía el muerto.

Era como el ruido del hilo de agua que se escucha en el bosque. Sí, era eso. Pero el hilo que corría era la sangre de mi víctima...

Tal ruido llegó a serme insoportable. Presa de furor descendí a la cámara, que encontré inundada de sangre. Jamás hubiera creído que el viejo tuviese tanta!...

Preciso era acabar. Alcé el cadáver y lo puse de pie, a mi lado, sujetando el suyo con mi brazo. No sé cómo encontré fuerzas para izarlo hasta el tope de la escalera; ya sobre el puente lo arrastré hasta proa. Martínez reía: el imbécil nos creía borrachos. Lo recosté de manera natural contra la barandilla y empecé a hablar y gesticular, no sin espiar el momento en que Martínez apartase los ojos.

—¡Vamos, querido Wovermann! Confesemos que nos divertimos como verdaderos capitanes. Delicioso mi vino de Canarias, ¿eh? ¿Y qué debo decir de sus diamantes?... ¡En mi vida los vi parecidos!

Como Martínez sondease el horizonte, pasé el brazo por las piernas del holandés y con un rápido movimiento lo arrojé al agua. El cuerpo se hundió y yo cerré los ojos, libre al fin de la inexplicable angustia que su presencia me causaba. Al abrirlos, vi que el remolino de las olas acercaba el cadáver al costado del barco. Flotaba casi erguido y parecía mirarme con ojos de desafío, de tal manera aparecían dilatadas sus pupilas. Monté en cólera y busqué un objeto que lanzarle al rostro, cuando desapareció en el turbión.

Nada vio Martínez. De ello quise asegurarme, y a él me acerqué. Parecía preocupado, mas no ciertamente por causa del holandés.

—¿Ve usted, capitán, aquella mancha negra que se levanta allá lejos? dijo extendiendo el brazo hacia occidente. Mucho temo que un golpe de viento no nos haga bailar dentro de pocos minutos.

Miré atentamente en la dirección indicada y comprendí que no eran exagerados los temores de mi marinero. Por tres veces soné mi cuerno.

Despertaron los que estaban dormidos en el puente y a un oficial que apareció en la escotilla di la orden de arriar velas, excepción de las del foque y el trinquete.

Apenas terminada la maniobra, una terrible borrasca se desencadenó sobre nosotros. Durante el resto de la noche estuvimos en peligro.

Al amanecer apareció el sol y pude reposarme tendido en una hamaca sobre el puente.

Nada en adelante turbó la tranquilidad de nuestro viaje. Si alguna vez el recuerdo del holandés volvió a mi memoria, bastó para alejarlo que contemplase los maravillosos diamantes.

Doblámos sin contratiempo el Cabo de Buena Esperanza. Después de setenta días de viaje divisámos las islas Canarias. Dentro de pocos días pisaría mi tierra natal.

Hice escala en el puerto con el fin principal de proveernos de agua y de víveres frescos, de que carecíamos. En la mañana de un domingo nos dimos a la vela con un fresco viento del sur, que hacía avanzar el barco con la rapidez de una flecha.

Dos días hacía que habíamos zarpado de Tenerife. En la noche, como el calor fuese insoportable y me impidiese dormir, salí del camarote y fui a tenderme en el puente, en donde soplabla la brisa. Todo mundo dormía a bordo. Temí por un instante que el timonel hubiese imitado a sus camaradas, y miré hacia la bitácora.

Lo que entonces vi me heló de espanto.

¡El holandés estaba en la barra!....

En la azulada luz nocturna se perfilaba su silueta: ¡era él! Era él, tal como lo había visto en la última noche.... El mar salmodiaba entretanto su canción eterna.

El holandés sujetaba la barra del timón y reemplazaba a Manoel Garces.... Bien sabía yo que mi mano le había dado muerte, que su sangre había salpicado mi rostro: ¿Cómo estaba allí?....

Si un hombre muere en tierra, se le sepulta; si en el mar, se le lanza a las olas, pero jamás se le vuelve a ver. A un muerto nunca más se le verá de nuevo.

Pero yo veía al holandés. Su espalda aparecía cubierta de rocío marino, su mano empuñaba el timón, su mirada escrutaba el horizonte.

¡Diablos! Si esto hubiese ocurrido después de uno o dos días pasados en la taberna de un puerto o después de haber hecho una presa, me lo explicaría: tántas cosas extraordinarias se ven cuando el vaho del alcohol inunda nuestra cabeza!.... Pero en esa noche no había bebido. Ya no bebe el capitán de la *Barroca*.

Imposible decir cuánto tiempo pase contemplando al viejo Wovermann. De pronto, presa de súbita locura, me lancé sobre él, cuchillo en mano. Sus cejas se arquearon, alzó el brazo y en la frente recibí como un golpe de maza.

Cuando volví en mí brillaba el sol. Manoel Garces empuñaba el timón.

Lo interrogué entonces. Al preguntarle la razón de haberse hecho reemplazar en la primera hora de su cuarto nocturno, me miró con tal aire de asombro, que en verdad creí haber sido víctima de una pesadilla o de una alucinación.

Pero la cabeza me dolía de manera horrible. Sin duda en un momento de extravío me había golpeado contra un mástil.

3 de septiembre.—He soñado. Todo ha sido un sueño. Nada que nos destruya el corazón y nos desequilibre el cerebro como tener conciencia de haber ejecutado un acto cobarde!....

¡Vamos, ideas!.... Conciencia, remordimiento, patrañas sin sentido....

Maté al holandés para apoderarme de su riqueza. Fui el más astuto y el más fuerte: luego el botín me pertenece. Es claro como la luz, como la luz de mis diamantes.

4 de septiembre.—Esta vez todo ha terminado: me entrego a mi suerte. A fin de saber, de estar seguro de no errar, ayuné como en un día de vigilia. He visto y he sabido.

Era la misma hora de la vez anterior, y subí sobre cubierta. Una sombra se dibujaba en la proa. Me acerqué. Teniendo por únicos testigos a los astros, vi al viejo en la barra.

Su aspecto era severo y huraño. Creo que quiso avanzar sobre mí. Tan grande fue mi turbación, que espantado hui y me encerré en mi camarote. Imposible me fue dormir. La lámpara permaneció encendida. Pero con las primeras luces del alba recuperé mi sangre fría.

Evidente era que el alma de Wovermann visitaba el galeón, pero una vez que me alejase del barco, el fantasma dejaría de inquietarme.

7 de septiembre.—A las cinco de la tarde el vigía señaló tierra. Esa costa es la de mi patria. El equipaje y su Capitán están ebrios de alegría. Di orden de bordear durante la noche para poder entrar al Tajo con el amanecer.

Tan satisfecho me sentía, que durante la noche no salí del camarote. Con la alborada subí al puente. Mi primera mirada fue para la costa. Nada vi, exceptó el mar y el cielo. Interrogué entonces a Castrera, el mejor de mis oficiales.

—¿Qué demonio de rumbo hemos seguido en la noche?...

—Confieso, me dijo con su cortesanía habitual, que si Vuestra Señoría no me interrogase, bien me habría guardado, por natural respeto, de hablar de tal asunto. Pero ni la oficialidad ni el equipaje comprenden por qué, en vez de bordear, como en un principio lo ordenasteis, habéis querido luégo gobernar el timón y con todas las velas desplegadas, picar con rumbo al norte.

Indefinible terror me dominó al escuchar tales palabras. Crujieron mis dientes y volví la espalda para que no advirtiese mi perplejidad. Pasado un minuto me acerqué y, tomándole del brazo, le dije:

—Usted es un hombre honrado, Castrera. ¿Puede afirmar que con sus ojos me vio en el timón?

—¡Lo juro, señor! exclamó con tal sinceridad, que no pude dudar de su buena fe.

Durante el día, y después de haber rectificado el rumbo con el fin de seguir al sur, interrogué discretamente a tres marineros: acordes estuvieron en haberme visto durante la noche en el puesto del timonel.

Adquirí la certidumbre de que todos estos perros marinos estaban locos. Ninguno de aquellos imbéciles era capaz de comprender que cuando su turno llegaba de servir el timón, el holandés ocupaba su puesto. Quizá la vergüenza o el temor les impedía confesar lo ocurrido. Tal vez lo más seguro fuese que se hubiesen convenido para hacerme creer que yo había perdido el juicio ¡Miserables! ¡Si se burlan de su capitán, juro que en racimo los colgaré de las antenas!

15 de septiembre.—La misma maniobra se cumple diariamente. Durante la noche marchamos hacia el norte. Al amanecer se rectifica la dirección meridional; pero los vientos son por lo general contrarios, de donde resulta que

avanzamos al norte. Hoy nos encontramos a la altura de Belle-Isle, tierra francesa.

16 de septiembre.—Hoy se ha cumplido un hecho de la mayor gravedad. Como me hallase en mi camarote, entró mi segundo, Sandoval. Sombrero en mano, dijo:

—Señor Capitán: comisionado por los oficiales y el equipaje de este barco, de la manera más respetuosa vengo a preguntaros en qué puerto debemos desembarcar. Nos hemos alejado de tierra portuguesa e ignoramos el rumbo que seguimos.

En tales casos, cuando no pisamos terreno firme, lo más prudente es el encolerizarse. Alcé la voz, golpeé el piso de encina y traté de bribones a los oficiales, a mi segundo y a los marineros.

No respondió a mis ultrajes, y haciendo una profunda reverencia, se retiró. El equipaje, agrupado en la proa, esperaba a su emisario para tomar una determinación. Aquello tomaba caracteres de revuelta. Subí a la casilla de popa y empuñé la trompa.

—El primero, grité, oficial o marinero, que se permita una observación sobre la conducta del Capitán, será en el momento mismo cargado de cadenas. ¡Todo mundo a su puesto!

Tan grandes eran el hábito de obedecer y el respeto que por mí sentía el equipaje, que en silencio se desbandaron los sediciosos. De igual manera obedecieron los oficiales.

IV

18 de septiembre.—¡Solo! ¡Solo a bordo de la *Barroca!* Todo lo he registrado, del puente a la cala. ¡Nadie! Los pícaros aprovecharon de mi sueño y de la vecindad de la tierra para adueñarse de las chalupas y abandonarme!

Me dejaron provisiones y una barrica con agua.

19 de septiembre.—¡Horrible noche he pasado! Resuelto estaba a buscar la manera de entrar a Puerto Luis, sitio no distante del lugar en donde me encontraba. De acuerdo con mi idea, arreglé el velámen y fijé la barra. Pero no conté con el fantasma.

La luna acababa de levantarse sobre el horizonte. Abandoné el timón para desenredar una driza del trinquete; cuando regresé, el espectro ocupaba mi puesto.

Su rostro mostraba una horrible alegría; sus ojos lucían como carbunclos. No hablaba; pero su brazo me señalaba unos puntos y otros de la arboladura y del velámen. Yo comprendía esas mudas órdenes y las obedecía, impulsado por no sé qué fuerza misteriosa e irresistible.

Y la *Barroca* siguió su fatal rumbo al norte.

Entonces caí al pie del palo mayor. Allí, la cabeza entre las manos para no ver el fantasma, me esforcé por reflexionar.

¿Qué sería de mí en el caso de que no pudiese huir del barco, solo como me hallaba y expuesto al primer golpe de viento? La única esperanza era la de encontrar otro buque; debía izar mi bandera y disparar el cañón, por si acaso fuere oído....

20 a 23 de septiembre.—Cuatro días de espantosa tormenta. Arrastrada por la borrasca, la *Barroca* huye con aterradora rapidez. He debido dejar atrás las costas de Inglaterra. Estoy perdido. Y sin embargo, no quiero morir. Soy joven; el porvenir me ofrece alegrías y triunfos. ¡Morir!....

A tal punto llegó mi horror por la muerte, que cerrada la noche osé interrogar al espectro.

—¿Qué intentáis hacer de mí? dije con voz temblorosa. ¡Si deseáis mi muerte, decidlo! En el acto me arrojaré al agua. Pero, ¡por piedad! ¡Que cese este suplicio de todos mis instantes!

No movió los labios. Sin embargo, algo como un eco de su voz heló mi sangre en las venas.

—Traed los diamantes, dijo.

Obedecí enloquecido. Descendí al camarote y regresé con la bolsa.

—¡Abridla! ordenó la voz.

Resplandecieron los diamantes. Se diría que eran menudos trozos de estrellas.

—¡Arrojadlos al mar! ordenó de nuevo la voz.

Me rebelé y quise huir. Pero el espectro abandonó el timón y me sujetó por el brazo. Su mano me quemaba como un hierro candente. Y así me forzó a arrojar el tesoro a las olas.

Presa de desesperación perdí el conocimiento y caí sobre el puente.

24 de septiembre.—¡Ahora comprendo!... Ya sé por qué Wovermann me ha traído a las latitudes boreales, y por qué me obligó a arrojar al agua los diamantes!... El viejo quería conducirme al país de los diamantes gigantes, que él conocía ya! Me había hablado, y no quise creerlo; hoy he visto y creo.

¡Dios mío! ¡qué bello es! En la lejanía, sobre el frío azul del mar, se dirían bandadas de cisnes que avanzan lentamente. Y llegan, se aproximan, crecen... El fulgor del cielo se quiebra en sus facetas, y entonces son soles, masas de oro, todos los colores de la naturaleza que resplandecen en rayos de alborada y que inundan mi corazón de alegría... Soy el amo y rey de esta soledad... A medida que avanzo, mis riquezas aumentan. La *Barroca* se abre un camino triunfal entre dos filas de colosales piedras preciosas. ¿Qué vale ante ellas la fortuna del rey más poderoso? Seguro estoy de que si me viniese en voluntad, podría comprar la tierra toda. Precisos me serían otros mundos para agotar una parte de mis riquezas!

3 de octubre de 1690.—He llegado. Me preparo a tomar posesión de mi imperio. La *Barroca* se ha detenido en el centro de un circo inmenso de diamantes. Mis miradas se detuvieron en contorno ante una muralla maciza de la piedra incomparable. Y río al pensar en aquellos otros, tan pequeños, tan pálidos.... El espectro me dejó por fin libre. Empleo mi tiempo en escribir. Pero esto es peligroso: entretanto podrían robarme mis riquezas!.... Día y noche las vigilaré desde el puente. Cae la nieve. Ella tejerá sobre mis burdos vestidos un manto de blanca cura adecuado al cándido esplendor de mi imperio....

Suspendo aquí mi diario de a bordo. ¿Con qué fin continuarlo? Aparte de que ello es ocupación indigna de la majestad de un rey, el más rico del universo.

HENRY DE BRISAY.

(Traducción de REVISTA MODERNA).

FIN

Notas.

Bodas de plata.

En el presente mes celebra el Colegio del Rosario el vigésimoquinto aniversario de rectorado del doctor Rafael María Carrasquilla.

Nacido en Bogotá el 18 de diciembre de 1857, el doctor Carrasquilla empezó sus estudios eclesiásticos en el Seminario de Bogotá, y en 1883 recibió la ordenación sacerdotal de manos del Ilustrísimo señor Bermúdez, Obispo de Popayán; en 1889 fue recibido como miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, de la cual es Presidente, y en 1890, después de haber sido durante dos años Vicerrector del Seminario, fue nombrado por don Carlos Holguín, Rector del Colegio del Rosario. Más tarde fue Canónigo de la Iglesia Catedral; por decreto pontifi-

ció recibió el título de Doctor en Sagrada Teología, y recientemente ha sido elevado a la dignidad de Prelado Doméstico de Su Santidad Benedicto XV.

La obra del doctor Carrasquilla en las variadas esferas de su actividad es demasiado conocida para insistir en ella. Los que hemos sido sus discípulos, tenemos para su nombre y sus virtudes cariño y respeto especiales; los que conocemos al orador preclaro, al hombre de ciencia, al escritor, vemos en él uno de nuestros mayores prestigios; los que hemos sido sus amigos, recordaremos siempre las oraciones por él dichas a la cabecera de nuestros muertos.



Ferrocarril de Santa Marta.

Era de suponer que la Compañía del Ferrocarril de Santa Marta no se conformara con la resolución del Poder Ejecutivo, que declara, con fecha 30 de junio último, no haberse cumplido por parte de ella con el artículo 1.º del contrato de 1903, y que rechaza las bases propuestas para una nueva prórroga. Era igualmente natural que la Compañía defendiera sus intereses hasta el fin. Afortunadamente, hoy cuenta el Gobierno con la colaboración del General Benjamín Herrera, cuyo patriotismo y conocimiento personal de los intereses y derechos del país en este asunto han de contribuir de manera eficaz a su solución.

Lo que sí no era de esperarse es que volvieran a sonar, como argumento en favor de la Compañía, las sugerencias, más o menos transparentes, de complicación diplomática, presiones, reclamación; letanía mayor de frases que van perdiendo significado a fuerza de prodigarse. No es explicable ni es decoroso continuar hablando en pleno Congreso del temor a las consecuencias que pudiera acarrearle al país el no plegarse a los deseos de compa-

ñas extranjeras. Tengamos de parte nuestra la justicia y la razón, y despreocupémonos un tanto de lo que pueda agradar o desagradar al Foreign Office. Si nuestra posición de pueblo débil nos obligara a postergar derechos y conveniencias ante la posibilidad de que se frunza el ceño de un poderoso, mejor haríamos en arriar la bandera una vez por todas. Sin profesar ridículo *jingoísmo*, ni suponer que el país esté en capacidad de desarrollarse con prescindencia de iniciativas y capital extranjeros, creemos incalificable el anteponer a los nuestros los derechos ajenos, por amplio que sea el pabellón que los proteja. Esto contribuiría, sencillamente, a quitarnos respeto hoy, y hacernos creer, mañana aún más débiles de lo que somos. ¿Qué página de historia hubiéramos escrito si en 1909, cuando se discutía el Tratado Root-Cortés, hubiera primado el parecer de alguien que quiso justificar ante la Asamblea su voto afirmativo, diciendo que a él lo movía el convencimiento de la fuerza incontrastable de los Estados Unidos?

Sobre el asunto pendiente con la Compañía del Ferrocarril de Santa Marta, tenemos en favor nuestro la opinión de autorizados juriscunsultos; la Cámara de Representantes ha manifestado su voluntad de que el Gobierno declarara administrativamente la limitación del privilegio, y se discute no sólo un punto de justicia sino también un problema cuya trascendencia política a nadie se oculta. No obstante, se habla de transigir; quienes tal hacen, deben conocer muy ligeramente ciertos deberes de patriotismo.

Marina mercante colombiana.

Un amigo imprudente suele hacernos más perjuicio que un enemigo descubierto: la verdadera oposición que lleve a encontrar la proyectada Compañía colombiana de navegación marítima tiene origen seguramente en la fórmula presentada al Senado para la ley de privilegios. Elaborada con excesivo celo, por ella se pretende conceder ventajas de tal excepción que equivaldrían a un monopolio.

Hemos sido de los primeros en apoyar desde nuestras páginas la idea general y en encarecer la necesidad del apoyo oficial, tanto más cuanto que la Compañía que se funde habrá de encontrar en su camino la encarnizada competencia de las Empresas de navegación que se propone dominar, y las dificultades que puedan presentársele con las Compañías de Seguros y el comercio extranjero; pero desde el principio hablamos de que no debían concederse privilegios que pudieran cerrar el paso a otras iniciativas en igual sentido.

Hay ventajas, como sería la del contrato para la conducción de correos, que no pueden, desde luego, darse sino a una entidad, pero las demás, como subvenciones, exención de ciertos derechos e impuestos, deben ser comunes a todas las que se organicen sobre bases parecidas y con igual objeto. Fresco está el incidente ocurrido con el privilegio para establecer en el río Magdalena la navegación de hidroplanos: caso idéntico en reducida escala.

Contiene el proyecto que se discute artículos cuya inconveniencia no requiere comentarios, entre otros: el referente a la participación del Gobierno en la empresa en calidad de accionista; el de subvención, con la amplísima definición que da de viaje redondo; el de servicio de correos, sin fijar itinerario.

Por otra parte, no se habla en el proyecto de que los buques de la empresa debieran ponerse al servicio de la nación, en caso de guerra internacional: ¿por qué, entonces, llamarse marina colombiana?

Al leer el proyecto no puede uno menos de preguntarse si se trata de alguna póliza de asociación entre un padre liberal, cuya salud flaquea, y un hijo único y muy amado.

Cuando una agrupación o una entidad individual llega a acumular fuerza suficiente para acaparar un ramo determinado de negocios, la acción oficial bien encaminada interviene con el objeto de suavizar sus efectos fatalmente absorbentes. Aquí se trabaja en elaborar leyes para que a su amparo nazcan, prosperen y fructifiquen los monopolios, árboles de manzanillo a cuyo lado nada sano crece ni arraiga.

Si se quiere atraer simpatías y allanar dificultades a la Compañía colombiana de navegación marítima, lo cuerdo sería no desplegar inconsulto celo en su servicio.



Elecciones municipales.

Las elecciones para Concejeros municipales se llevaron a efecto el domingo 2 del presente en medio de la glacial indiferencia de los bogotanos. De 20.000 ciudadanos inscritos sufragaron 5.500.

Tal parece como si en vista del fracaso de la labor parlamentaria de los últimos Congresos, los colombianos dudáramos de la eficacia del sistema electivo. En todo caso lo ocurrido es mal signo.

En Bogotá triunfó, por reducido número de votos, la lista de la Unión republicana-liberal. Los intereses municipales quedarán confiados a un respetable grupo de caballeros.

Sin embargo, concedores como somos del mecanismo de la administración urbana, dudamos de que los nuevos ediles—no obstante sus bien intencionados esfuerzos—logren resolver los múltiples problemas que confronta la ciudad. Tal solución no depende de su voluntad. Seguros podemos estar los bogotanos de que, en tanto que no se cree el distrito nacional, será poco menos que baldío todo empeño por sanear y embellecer la capital.



Prórroga del Congreso.

Se habla de que la Cámara de Representantes ha acordado prorrogar sus sesiones hasta el 30 de noviembre. Seguro es que el Senado apoyará la idea, y que, por lo tanto, el Congreso hará uso de la facultad constitucional sobre sesiones extraordinarias.

Sabe el país hasta qué punto ha resultado nula la labor parlamentaria: durante ochenta días de sesiones, nada que mire a la solución de los múltiples problemas que con carácter apremiante deben resolverse. La discusión del Presupuesto, eje del eficaz movimiento administrativo, implica de suyo estudio que en manera alguna debe precipitarse. Acostumbrados estamos, sin embargo, a que la ley de Presupuesto se vote a última hora; de donde resultan fatales contradicciones y deficiencias que los Ministros respectivos deben luego solucionar y suplir.

Dudamos de que en los días que restan de sesiones ordinarias, y en el mes de las extraordinarias, recupere el Congreso el tiempo perdido en estériles y personales discusiones.

Lo que vemos, confirma hoy más que nunca la urgente necesidad de reformar la ley electoral en el sentido de reducir a más convenientes proporciones el personal de las Cámaras Legislativas, tal como desde principios del

año lo hemos pedido en las páginas de REVISTA MODERNA, coincidiendo con igual petición formulada por importante grupo de banqueros y comerciantes y por la prensa de Antioquia. Ni la eficiencia en los trabajos parlamentarios ni la pobreza del país justifican el lujo de mantener reunido, casi con carácter de permanente, un circo en su mayoría compuesto de gárrulos equilibristas.

Probado está que la lucidez en los cuerpos colegiados se halla en razón inversa del número que los integra.

Compañía Colombiana de Seguros. La Junta Directiva de la Compañía Colombiana de Seguros, para el período de dos años que principió el 1.º del presente, ha quedado constituida así: Presidente, doctor Nicolás Esguerra; Vicepresidente, doctor Miguel Abadía Méndez; Gerente, don Julio Silva Silva; Vocales, don Francisco Pineda López, don Antonio J. Mejía, don Emilio Ricaurte, don Ricardo Londoño, don Manuel V. Ortiz, don Pedro A. López y don Pedro Jaramillo J.; Secretario, don Lino de Pombo; Revisor, don Bernardo Alvarez; Suplente, don Alberto Martín.

BIBLIOGRAFIA

La reforma electoral, por Felipe Barón. (Bogotá, 1915. Compañía Tipográfica Minerva).

Uno de los problemas políticos de mayor trascendencia y de mayores complicaciones técnicas que confronta el país, es la reforma electoral, como que a él van íntimamente vinculados la paz en el presente y el progreso en el porvenir. A su estudio y resolución, que han de ser resultado de sereno análisis y de bien entendido patriotismo, contribuye de manera señalada la recopilación de artículos del señor Barón, ilustrado co-redactor de *El Nuevo Tiempo*, cuyo criterio desapasionado y conocimientos en la materia lo colocan en posición de emitir opiniones no sujetas al carril de los prejuicios. Para el mal de

la intransigencia, cuyas fatales consecuencias todos hemos sufrido, queda el bálsamo de la santa tolerancia. «Para esas dolencias sociales—dice el señor Barón,—herencia del exclusivismo sectario que hasta enantes nos aquejara, sólo existe un remedio: la reforma electoral, la cual, por medio de una más amplia justicia, desvanecerá las pequeñas sombras que oscurecen el capítulo de tolerancia y conciliación que hemos empezado a escribir los colombianos en la historia de nuestra patria».

REVISTA MODERNA, que desde su iniciación ha venido indicando la urgente necesidad de la reforma electoral, hace suyos los anteriores conceptos que ojalá encuentren eco propicio en los debates del Congreso.

Bronce Latino (Cien sonetos), por J. B. Jaramillo Meza. (Habana, 1915). Colección de sonetos en que palpita la emoción de la naturaleza y la sinceridad de una inspiración fresca y sana. En general cincelados con esmero. El que sigue aun cuando no sea perfecto, muestra la influencia que en el poeta ejerce el paisaje, y la manera como traduce sus impresiones:

En las murallas de Cartagena.

En este anochecer, sobre un pedazo
Antiguo de muralla envejecida,
Sueño con mis praderas. Se oye el paso
De un coche que se va por la avenida...

Un árbol sobre el fedio del camino
Se deshoja, del mar en la ribera,
Y en sus ramas el céfiro marino
Preludia una canción de primavera.

La luz del faro en la tiniebla brilla;
Llega el rumor de un vals; nevado lienzo
De espumas de marfil deja en la orilla

Del océano el agua en sus desmayos,
Y en el zafiro del Atlántico inmenso
Rompe la luna su jazmín de rayos.